



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Monografía Licenciatura en Trabajo Social

El Espacio y la Urbanización en la Era Capitalista de los Años 70´:
Algunos Aportes de Henri Lefebvre y David Harvey para una Discusión Teórica
sobre la Cuestión del Territorio desde una Perspectiva Marxista.

Lucía Rivero Cayota
Tutor: Silvia Lema

2025

Índice

<u>Introducción</u>	2
<u>Capítulo 1: Encuadre del Objeto de Estudio</u>	5
1.1- Una Aproximación a la Vida y Obra de Henri Lefebvre y David Harvey	5
1.1.1- <i>Breve Biografía de Henri Lefebvre y el Papel del Marxismo en su Obra</i>	5
1.1.2- <i>David Harvey: un Geógrafo y Teórico Social Marxista</i>	10
1.2- Contexto y Síntesis Histórica de las Dos Obras de Interés	15
1.3- Algunas Herramientas Para Comprender la Perspectiva Teórica del Marxismo en su Devenir Histórico	20
<u>Capítulo 2: Análisis Comparativo de Ambas Obras: “La Producción del Espacio” y “Urbanismo y Desigualdad Social”</u>	28
2.1- El Uso del Marxismo en Ambas Obras	28
2.2- Metodologías de los Autores en Confrontación	30
2.3- Algunos Conceptos Claves en Ambas Obras: Encuentros y Distinciones que Presentan los Autores	34
2.4- Relación entre Territorio, Urbanización y Desigualdad	43
<u>Capítulo 3: Conclusiones</u>	45
<u>Bibliografía</u>	49

Introducción

En el marco de la práctica para la formación profesional de la licenciatura en Trabajo Social, de la Facultad de Ciencias Sociales Udelar, en el año 2013, intervine en el área de Hábitat y Territorio. Por tal motivo, me resultó interesante contribuir a la comunidad académica en esta oportunidad, con un documento que oficie de síntesis sobre esta temática, desde una perspectiva marxista, sobre la que busco posicionarme como profesional, y que sirva a la vez de cierre de mi trayecto por la carrera de grado. Elegí incorporar miradas teóricas con las que no había tomado contacto en su momento al transitar por los Proyectos Integrales. En este sentido, incluí los aportes de Henri Lefebvre (2013), un filósofo marxista que se especializó en el estudio del espacio, su organización, sus contenidos y significados simbólicos desde la perspectiva del materialismo dialéctico. Al mismo tiempo, analicé los aportes de David Harvey (1977) un geógrafo marxista que se abocó al análisis crítico del urbanismo, la economía política y las dinámicas espaciales del capitalismo, desde una óptica más estructuralista.

Por lo tanto, en esta monografía de carácter exploratorio, me propuse realizar una discusión teórica sobre el abordaje de la cuestión del territorio, asumiendo este fenómeno como totalidad, propio del enfoque marxista. Para tal labor, llevé a cabo una comparación entre las obras “La producción del espacio” de Henri Lefebvre (2013) y “Urbanismo y desigualdad social” de David Harvey (1977). Si bien ambas obras analizan el territorio desde un claro posicionamiento marxista y comparten en gran medida los aspectos centrales, me encargaré de exhibir algunas distinciones en sus planteamientos a lo largo del desarrollo del documento y en la acción comparativa. Al confrontar estos trabajos, busqué ahondar en los elementos comunes y discordantes de ambos enfoques teóricos, rescatando los aportes fundamentales para comprender las dinámicas espaciales contemporáneas, develar sus contradicciones y las cuestiones que hacen a la esencia del fenómeno pero no son perceptibles a simple vista. Las obras de ambos autores plantean una aproximación al estudio del espacio desde una mirada histórica, dialéctica, humanista, crítica y consciente que se aproxima al asunto desde la globalidad y no desde un análisis fragmentado y abstracto. El argumento medular que plantean las dos obras es, sobre todo, la producción, reproducción y organización del espacio urbano y territorial, focalizando en cómo éste refleja y reproduce relaciones sociales de poder y desigualdad.

Para cumplir con el objetivo del estudio, además de basarme en las dos obras centrales de David Harvey (1977) y Henri Lefebvre (2013), realicé una revisión bibliográfica de fuentes secundarias de información y recurrí a bibliografía desde la perspectiva teórica marxista y su materialismo dialéctico crítico. Según esta óptica, considero a la cuestión del territorio como un problema social, en tanto devela una forma particular de organización de la sociedad, condicionada por un modo de producción determinado y conteniendo además, la mirada de los sujetos.

En el primer capítulo de este documento, procuraré encuadrar el objeto de estudio. Para ello, presentaré una aproximación a la vida y obra de los autores principales que congregaré en este estudio y el papel del marxismo en sus trabajos: David Harvey y Henri Lefebvre. La caracterización y comprensión integral de sus personalidades, de los contextos socio-históricos de ambos autores y de las dos obras de interés, me abastecerán de insumos a la hora de asimilar y captar a profundidad los conceptos fundamentales que plantean en los sus libros, pues reflejan preocupaciones de una época.

Prosiguiendo con el análisis sociohistórico, expondré algunos aspectos centrales de los trazos de la sociabilidad capitalista, para poder encontrar caminos de reflexión que revelen cómo se construyó la sociedad y la cultura que habitaron Henri Lefebvre y David Harvey, dos sujetos marxistas productos de su tiempo y contexto. En este marco describiré cuál fue el recorrido histórico, cómo se produjeron los valores, las razones y los sentidos que movieron al mundo capitalista de la contemporaneidad de los años 1970 y guiaron, en este marco, el accionar de las personas. Para esta tarea tomaré los aportes de José Paulo Netto (1981) y de María Lucía S. Barroco (2008, 2009) que describirán cómo se construyó el Estado moderno, la sociedad capitalista contemporánea, con su sociabilidad propia y su ethos característico. Incorporar esta síntesis socio-histórica me será de gran utilidad, para demostrar, sobre el final del documento, cómo la visión de Henri Lefebvre y David Harvey siguen vigentes para el estudio del territorio en la actualidad, pues los procesos de individualización, alienación y segmentación de las relaciones sociales, generadas por el capitalismo en su fase industrial y financiera, continuaron su rumbo y lejos de menguar se profundizaron con la evolución del propio sistema.

En un tercer apartado del primer capítulo ofreceré algunas herramientas para comprender el devenir histórico de la perspectiva marxista, de manera de comprender aún más el posicionamiento de Henri Lefebvre y David Harvey. Realizaré aquí un esbozo general

de la perspectiva de análisis desde la óptica del materialismo dialéctico, distinguiendo el clima intelectual de debate sobre el marxismo que existía en esa época histórica. Un intercambio de concepciones que oscilaban entre formas más mecanicistas y expresiones de un marxismo vulgar, hasta miradas que buscaban recuperar a Marx desde una reinterpretación más renovada y traer nuevos elementos, propios de las nuevas condiciones socio-históricas. Para dicha tarea tomaré exponentes como Marx (1990), Gramsci (1999), Lukács a través de Duayer y Medeiros (2009), Korsch (1971) y Anderson (1979), entre otros. Consideraré aquí el aporte de la filosofía de la praxis que Gramsci y Lukács traen a colación, como ejercicio de reflexión práctica, materialista, historicista y dialéctica, imprescindible para poder comprender, en los siguientes apartados, el abordaje de Henri Lefebvre y David Harvey, pues ambos son autores que se ubican desde la perspectiva crítico marxista, aunque presenten ciertos matices: Lefebvre con una mirada más filosófica y socio-cultural, y Harvey poniendo su énfasis en determinaciones económicas y políticas dentro de su análisis.

Posteriormente, en el segundo capítulo me adentraré concretamente en el análisis comparativo de ambas obras, en aspectos como el empleo del marxismo, sus acercamientos a la cuestión del territorio, las respectivas metodologías utilizadas, para finalizar con un análisis de los conceptos principales que exponen tanto Henri Lefebvre (2013) como David Harvey (1977) y ponerlos en confrontación. Me concentraré en los conceptos principales de territorio, urbanización y desigualdad, para realizar un análisis comparado de cómo cada autor aborda la relación entre estas tres cuestiones, y presentaré algunos ejemplos ilustrativos que ellos plantean.

Por último, en el tercer capítulo daré lugar a las conclusiones que se desprenderán del análisis de todo el documento, y oficiarán de síntesis de las principales similitudes y distinciones de las dos obras. Destacaré aquí cómo los aportes medulares que realizaron ambos autores sirven también para entender las dinámicas actuales del territorio, evidenciando cómo sus observaciones y conjeturas siguen vigentes al día de hoy a la hora de estudiar el territorio en el marco del sistema de producción capitalista. Abriré también un breve momento para comentar las implicancias que tienen estos dos trabajos para las disciplinas como la geografía, la arquitectura, la sociología y fundamentalmente para el Trabajo Social. Dejaré planteadas algunas posibles propuestas para posteriores investigaciones, y expondré cuáles son las condiciones necesarias para que las posibilidades de transformación social y la apropiación de su realidad por parte de los sujetos sea una

alternativa concreta y realizable; en cuestiones territoriales esto último se traduciría en cómo hacer del espacio algo propio.

Capítulo 1: Encuadre del Objeto de Estudio

1.1- Una Aproximación a la Vida y Obra de Henri Lefebvre y David Harvey

1.1.1- Breve Biografía de Henri Lefebvre y el Papel del Marxismo en su Obra

A continuación intentaré esbozar los principales rasgos de la vida de Lefebvre, en base a información recabada principalmente del libro “Tiempos equívocos” (Lefebvre, 1976) y algunos aportes de la obra “Henri Lefebvre: a critical introduction” (Merrifield, 2006). El primer libro que menciono es un trabajo que recoge una serie de entrevistas realizadas a Lefebvre por el investigador y escritor francés Claude Glayman y es considerado una fuente imprescindible para comprender en profundidad tanto la trayectoria biográfica como el desarrollo intelectual y político de este sociólogo y filósofo francés. Las entrevistas permiten una visión directa sobre sus ideas, inquietudes políticas, reflexiones filosóficas y debates internos que atravesaron su vida. Por otra parte, el texto de Merrifield (2006) me será de gran utilidad a la hora de aportar datos biográficos concretos, vivencias de momentos clave, desde su juventud en la Francia de entreguerras, su militancia comunista, su ruptura con el partido comunista francés, hasta su rol en el mayo del 68 y la recepción de su obra hacia final de siglo.

Adentrándome concretamente en su vida, se puede decir que Lefebvre transitó intensamente todo el siglo XX, puesto que nació en 1901 (Hagetmau, Francia) y murió en 1991 (Navarrenx, Francia) con 90 años. Tuvo una vida larga que le permitió vivir los momentos claves y de inflexión del pasado siglo, como la Revolución Rusa, teniendo apenas 16 años, las dos Guerras Mundiales y sobre todo la segunda con las consecuencias del nazismo, el fascismo, el stalinismo, y la caída del muro de Berlín, ya en la etapa final de su vida. Al ver su obra se palpa claramente como todos los acontecimientos y transformaciones sociales del siglo XX permearon su pensamiento y atravesaron todas sus interpelaciones, críticas y análisis de la realidad (Merrifield, 2006).

Si bien este autor es presentado siempre como un filósofo y sociólogo francés, considero importante no sectorializar ni fragmentar su pensamiento y trabajo, cuestión por la cual abogó él mismo en sus obras: tener esta mirada de totalidad. Cuando Lefebvre trata temas concretos como la vida cotidiana o la cuestión del territorio y lo urbano por ejemplo, no los aborda como asuntos separados, sino que en su obra todo está conectado, en el marco de esa relación dialéctica entre teoría y práctica, amparado en la idea de que la filosofía es una producción crítica de la acción de los sujetos, de la cultura, de lo social; como planteaban Lukács (Duayer y Medeiros, 2009) y Gramsci (1999) con la filosofía de la praxis. Su pensamiento, al ser tan integral y abarcativo, ha dejado huella en variadas disciplinas, como la sociología, el urbanismo, la geografía, la antropología y la filosofía crítica. Se especializó en marxismo y dialéctica, aspectos que influirían decisivamente en su trayectoria intelectual (Lefebvre, 1976).

Lefebvre inició su carrera académica en la década de 1920, implicándose activamente en círculos intelectuales marxistas y siendo miembro del Partido Comunista Francés durante varios años. Aunque era un gran impulsor en popularizar las teorías marxistas y hacerlas llegar al común de la población, más allá del ámbito académico, y pese también a que fue un gran militante de la lucha antifascista, en 1958 lo expulsaron del Partido por diferencias ideológicas, sobre todo por querer distanciarse de posturas marxistas más dogmáticas y ortodoxas, como las de Althusser, a la vez que oponerse a versiones autoritarias del marxismo, como el stalinismo. Este contexto político marcó profundamente su producción intelectual, llevándolo a adoptar una postura crítica respecto al capitalismo y sus manifestaciones en la vida cotidiana y el espacio urbano, siendo un exponente claro de las visiones marxistas más renovadas y críticas (Lefebvre, 1976).

En 1940 comienza sus estudios sobre la cuestión rural, lo urbano y la vida cotidiana intentando engranar teoría y práctica tras su arduo esfuerzo por vincular la sociología con la filosofía. Con este impulso Lefebvre vuelve al trabajo teórico de Marx y Engels y plantea que con sus estudios no hará más que proseguir con el desarrollo de la obra marxista, que a su entender se encuentra inconclusa y abierta para continuar siendo repensada y elaborada según las exigencias del devenir histórico. Lefebvre ve así su trabajo como una continuación de la herencia marxista, necesaria y oportuna (Merrifield, 2006).

En el libro “El marxismo” (Lefebvre, 1961), el autor da cuenta de lo que significa esta corriente de pensamiento en su vida y trabajo. El marxismo es para él un conocimiento crítico

de la vida cotidiana, y por ende considera que para realizar una crítica al capitalismo es necesario, no solo analizar las cuestiones económicas y estructurales sino, y sobre todo, prestar especial atención a los efectos que el sistema tiene sobre las subjetividades y el mundo de lo simbólico en los espacios propios de la cotidianeidad, y como a su vez estas subjetividades influyen en la reproducción social. En este marco, el territorio, la ciudad y lo urbano son los objetos síntesis con los cuales expone su teoría crítica.

La posición renovada y crítica de Lefebvre posiciona al marxismo como práctica teórica clave para un verdadero humanismo:

El materialismo dialéctico continúa el antiguo racionalismo, pero superándolo, eliminando sus aspectos limitativos y negativos. Abandona la concepción estrecha de la razón universal como interior al individuo, y la presenta en su universalidad concreta, como razón humana, conquista histórica y social del hombre. Deja de separar la razón de la naturaleza, de la práctica, de la vida. Se niega a conferir preeminencia a tal o cual aspecto del hombre total y a definir lo humano por uno solo de sus aspectos. ¿Qué es la ciencia? Es el hombre tomando conciencia de la naturaleza exterior y de su propia naturaleza, y descubriendo un aspecto, un elemento, un grado de realidad. ¿Qué es por lo tanto el hombre total? No es de naturaleza física ni fisiológica, ni psicológica, ni histórica, económica o social exclusiva y unilateralmente; es todo eso, y más todavía que la suma de esos elementos o aspectos: es su unidad, su totalidad, su devenir. El hombre se define por el conocimiento, por las ciencias, por lo que las ciencias descubren; pero las ciencias sólo se determinan a través del hombre actuante y pensante. (Lefebvre, 1961, p. 33)

Tal cual sintetiza en este pasaje, Lefebvre (1961) considera a la obra de Marx más allá de las limitaciones de las ciencias sociales modernas, y la postula como un abordaje global de la realidad, que es económico, político, social, e histórico, una totalidad. Con el concepto de “hombre total” (p. 33), el autor se embandera con un marxismo integral y humanista.

En cuanto a su producción teórica concreta, Lefebvre toma como punto de vista clave en su obra el de la periferia urbana, puesto que este es el lugar privilegiado donde se materializan las contradicciones del urbanismo capitalista y se hacen más visibles las desigualdades y las injusticias que alimentan a este sistema económico. Es desde este enfoque que el autor plantea conceptos clave como “Derecho a la ciudad” (1978), presente en su libro así titulado del año 1968, y también a lo largo de toda su obra, y el espacio como “producto social” (Lefebvre, 2013, p. 86). El derecho a la ciudad no es para Lefebvre una simple demanda de un lugar físico que fue quitado, sino que implica una crítica al urbanismo tecnocrático que despoja a los ciudadanos de la posibilidad de controlar su espacio. Ante esto, este derecho aboga, no solo por acceder a los recursos del territorio, sino por la oportunidad de participar en la propia transformación democrática del entorno social que habitamos como sujetos. Que sea un espacio construido con profundo sentido humano y que contenga la posibilidad de modelarlo y reproducirlo según nos demanden nuestras propias necesidades (Lefebvre, 1976).

En los años 1960 Lefebvre se dedicó como docente en las universidades de Estrasburgo y Nanterre. Su rol en la formación académica fue esencial e influyente para los movimientos revolucionarios que tendrían lugar en mayo de 1968 en Francia, conocido como el mayo francés. En estos espacios Lefebvre inspiró casi indirectamente la lucha estudiantil, con acontecimientos cruciales como la publicación de “La proclamación de la Comuna” en 1965, a la vez que con situaciones azarosas como el hecho de tener de alumno a Daniel Cohn-Bendit, quien fuera posteriormente un líder estudiantil con papel protagónico en estas revueltas del 68. En “La Proclamación de la Comuna” (Lefebvre, 2021) toma el hecho histórico de la Comuna de París (1871) para explicar su postura sobre la reconquista del espacio urbano por parte de la población desplazada (los obreros parisinos) a raíz de transformaciones y reorganizaciones urbanas, resaltando aquí la noción de transformación social en clave comunitaria y desde la vivencia de lo cotidiano (Lefebvre, 1976).

En lo que respecta a la obra particular de Lefebvre (2013) que me convoca en esta oportunidad, “La producción del espacio”, allí el autor propone enfrentarse a las formas más tradicionales de concebir el territorio, que lo abordan desde puntos de vista meramente geográficos o arquitectónicos, y que lo plantean, ingenuamente, como un mero escenario neutral y pasivo que nos contiene como seres humanos y dentro del cual desarrollamos nuestras actividades cotidianas.

Este libro, publicado por primera vez en 1974, surge en el marco de un período de creciente urbanización e intensas transformaciones de las ciudades, fruto del capitalismo tardío en su fase industrial y financiera, la globalización y el auge de los movimientos sociales urbanos que asumen una actitud y conciencia crítica. En este contexto, los marxistas críticos como Lefebvre, manifiestan que urge entender cómo se constituyen y desenvuelven las dinámicas espaciales en este gran complejo de la realidad social, las interacciones entre lo estructural, lo subjetivo, lo cultural y lo simbólico en la vida cotidiana, para poder comprender así los conflictos sociales, visualizar el posible devenir y ser conscientes de las alternativas o no de transformación de las sociedades en espacios propios, menos desiguales y más justos (Lefebvre, 2013).

Alejándose de visiones simplistas y fragmentadas de ordenamiento territorial o análisis geométricos o utilitarios del espacio, Lefebvre (2013), como buen marxista, aborda la cuestión del territorio como totalidad, intentando desde esta mirada global y dialéctica develar todas sus características, mediaciones y contradicciones. Como un estudioso de la vida cotidiana, analiza cómo las estructuras económicas, políticas y de poder del capitalismo permean las acciones diarias de los sujetos y la reproducción social. Con la introducción del concepto de “espacio social” (Lefebvre, 2013, p. 86), Lefebvre sostiene que cada sociedad produce su propio espacio, siendo éste reflejo vivo de su modo de producción, las relaciones de poder, las estructuras sociales, y la praxis de los sujetos. Según su análisis, el espacio se convierte en una “mercancía” (Lefebvre, 2013, pp. 86, 111), en el contexto del capitalismo y, por ende, se desenvuelve sujeto a las dinámicas del valor de cambio por encima de los valores de uso. Lefebvre (2013) argumenta que el territorio alberga innumerables complejidades y, como todo en esta sociedad, es un producto social activo, construido también humanamente mediante interacciones y prácticas cotidianas, en este movimiento dialéctico de la historia, en donde juegan un papel crucial las estructuras económicas y de poder ya constituidas por el hombre, pero dónde, y sobre todo, aparece lo subjetivo y lo simbólico con un lugar protagónico en la fabricación y reproducción del espacio.

Me gustaría entonces, resaltar la visión crítica y de totalidad de Lefebvre, que él considera clave. Solo siendo consciente de cómo me construyo como persona, de cómo me determina y cómo determino al espacio, es que seré capaz de salir de la rutina alienante, de pensar y construir así los territorios que lúcidamente anhelo como ser humano, que sean fruto de la orientación de mis razones, valores y sentidos: solo saliendo de la alienación es posible

la apropiación del espacio social por parte de los sujetos y la transformación de la realidad. En su análisis dialéctico Lefebvre (2013) presenta lo que llama la “trialectica” del espacio (pp. 15, 97 - 98), es decir, tres dimensiones del mismo que se encuentran en continua interconexión y relación y así lo constituyen. Estos tres aspectos son: el espacio percibido, que es aquel constituido por las prácticas cotidianas, que describe cómo el espacio es utilizado en la vida cotidiana en el marco de las rutinas de los seres humanos y sus traslados físicos de un lugar a otro; el espacio concebido, que es el de las representaciones técnicas y científicas, como diseños de planos arquitectónicos o demás conceptualizaciones sobre el espacio realizadas por especialistas y planificadores; y por último el espacio vivido, que hace referencia a la experiencia subjetiva de las personas, e involucra al mundo de las emociones, de las percepciones y los significados que los sujetos experimentan y de los cuales dotan al espacio que habitan. Estas tres dimensiones definen al espacio, conjuntamente y al mismo tiempo, como una realidad física, cómo una imagen construida en el plano mental y como una experiencia vivida, y son las tres en su conjunto, y no solo una de ellas, las que en interacción continua, producen y reproducen el espacio en el marco de la relaciones sociales. Más adelante examinaré cómo Lefebvre le atribuye un papel crucial al espacio vivido en el marco de la transformación social.

Podemos decir entonces que el libro “La producción del espacio” (Lefebvre, 2013), que es a su vez una especie de obra síntesis de todos sus estudios y producciones, se ha constituido para la sociología urbana actual en una piedra angular, siendo una obra de referencia para innumerables sociólogos, geógrafos, arquitectos, antropólogos y demás científicos sociales. La cuestión crucial y revolucionaria de esta obra y de todo el trabajo de Lefebvre es haber influido en buena medida en la incorporación de una mirada más integral, global e interdisciplinaria desde cada una de estas disciplinas, así como dotar a la ciencia social de nuevas herramientas críticas para estudiar fenómenos tales como la gentrificación, la segregación espacial y la mercantilización del espacio público.

1.1.2- David Harvey: un Geógrafo y Teórico Social Marxista

El otro autor que me convoca en esta monografía es el geógrafo David Harvey. Este inglés, nacido en Gillingham, Kent, en 1935, se ha posicionado como un teórico social marxista en la época contemporánea, y su pensamiento ha alcanzado, al igual que Henri

Lefebvre, lugares privilegiados en la órbita de la economía política, la sociología, el trabajo social y en el estudio del urbanismo. Su impronta se destaca por llevar adelante un análisis marxista exhaustivo y riguroso del capitalismo y su influencia en los procesos urbanos, la conformación de la geografía global según las lógicas del mercado, a la vez que develar el impacto de este modo de producción en la justicia social y el desencadenamiento de las desigualdades (Benach y Albet, 2019).

Harvey realizó su recorrido como estudiante y obtuvo el doctorado en geografía en la Universidad de Cambridge (UC). Luego en la Universidad de Bristol (BRISL) comenzó a desempeñarse como docente, para posteriormente, a finales de los años 60, continuar con esta labor en la Universidad Johns Hopkins (JHU), en Estados Unidos y luego en la City University of New York (CUNY). A lo largo de su tarea docente fue construyendo y reforzando su imagen de geógrafo marxista contemporáneo, al ver que los postulados científicos con los que se había formado inicialmente en geografía no le bastaban para explicar los complejos fenómenos de la ciudad. En esta línea, se fue haciendo afín a la interdisciplinariedad, que lo dotó de una mirada más global e integral de la realidad social. Esta mirada de totalidad, clásica de la perspectiva marxista, será un aspecto que compartirá con la visión de Lefebvre (Benach y Albet, 2019).

Este autor se posiciona como un marxista crítico, que plantea cierta flexibilidad y novedad en su análisis del capitalismo y su impacto en el desarrollo territorial, incorporando en sus investigaciones aspectos importantes en el plano de la subjetividad y lo simbólico. Pero también podría mencionar que tiene una impronta de análisis más estructuralista, privilegiando el estudio de las determinaciones y mediaciones económicas y de poder para evaluar posteriormente su impacto en la realidad social, la vida cotidiana de los sujetos y, sobre todo, en la conformación del territorio a nivel geográfico, según las lógicas del mercado (la geografía del capitalismo). Por supuesto que Harvey da lugar a pensar en la transformación social, pero su análisis se enfoca más en el estudio desde la economía política (cuestión que quizás Lefebvre ya da por sentada para profundizar en otras cuestiones), otorgándole un papel central en su trabajo a las mediaciones económicas y de poder estructural, más que al impacto de las subjetividades o lo simbólico en la reproducción social, si bien las considera (Benach y Albet, 2019).

Muchos son los libros y documentos destacados de su obra, pero el analizado por mí en esta oportunidad es el libro “Urbanismo y desigualdad social” (1977), publicado en 1973,

escrito en el mismo contexto sociohistórico que la obra de Lefebvre (2013) “La producción del espacio”, de 1974. Esta obra de Harvey (1977) es clave para entender la evolución crítica de la geografía contemporánea, a la vez que es considerada con gran estima y relevancia también hoy día para interpretar críticamente los fenómenos urbanos actuales. Aquí el autor muestra claramente su camino hacia la aplicación del marxismo como método riguroso de análisis de la realidad, para comprender el papel de las ciudades en la generación de desigualdad, en medio de un contexto social cargado de crisis económicas, fuertes debates políticos y un crecimiento urbano acelerado. Con su aporte brinda a la ciencia un marco teórico para entender el impacto del capitalismo en la conformación de la geografía global, en la distribución espacial de las ciudades y en el crecimiento de las desigualdades, así como exponer a la economía de mercado como la gran determinante de la injusticia social y de los fenómenos urbanos de segregación residencial, de gentrificación y de acumulación de capital, en detrimento del acceso a derechos y la calidad de vida de los seres humanos.

La estructura del libro (Harvey, 1977) presenta dos claros momentos. En el primero, el autor intenta explicar el urbanismo y establecer las condiciones para la existencia de una sociedad justa, bajo las premisas del neopositivismo y los postulados del liberalismo, esto es, desde una lógica puramente fragmentaria, cuasi matemática y de análisis experimental de variables en relación. Esta forma de análisis requiere de la abstracción y separación de un fenómeno del resto de la realidad para someterlo a estudio. Es así que, según esta visión, Harvey plantea dos aproximaciones al estudio de la realidad de la ciudad: el determinista y el ambientalista.

Bajo el análisis determinista “es posible considerar la forma espacial de una ciudad como un determinante básico de la conducta humana” (Harvey, 1977, p. 39), por lo cual, según la forma en que se organice y planifique el espacio será la conducta que se suscitará en los seres humanos que lo habitan. Por otro lado la aproximación ambientalista (donde podemos encontrar exponentes como Weber) plantea a la inversa, que no importa la organización y el determinismo espacial sino que “los procesos sociales poseen su propia dinámica interna que, frecuentemente, a pesar del planificador, dará lugar a una determinada forma espacial” (Harvey, 1977, p. 40).

Estos enfoques son radicalmente positivistas en tanto hablan de abstracción de variables para su manipulación, para posteriormente evaluar sus efectos sobre el otro factor involucrado. Estos caminos de manipulación y abstracción no logran llevar a puertos

satisfactorios según Harvey (1977), puesto que se habla aquí de variables pertenecientes a distintas lógicas de conocimiento, con lenguajes particularmente distintos (forma espacial por un lado, y proceso social por el otro), que necesitarían de la creación de un “metalenguaje” (p. 39) que no existe para poder comparar y explicar la interrelación entre ambas variables.

No obstante, Harvey (1977) termina asumiendo que tanto las formas espaciales como los procesos sociales se encuentran efectivamente en interrelación, y hay desequilibrios inevitables a los que la propia estructura económica conduce: grupos sociales más grandes o más pequeños, con diferentes recursos que tienen distintas posibilidades y alternativas frente a la satisfacción de sus necesidades, acceso a bienes y goce pleno de sus derechos. Frente a los factores externos de la distribución de la riqueza y las posibilidades de alcanzar equidad en el mercado del suelo, no existirá forma de alcanzar mayor justicia social y amortiguar las condiciones de desigualdad que la intervención del Estado:

Las perspectivas de equidad o de una justa redistribución del ingreso en un sistema urbano a través de un proceso político surgido espontáneamente (particularmente si está basado en una filosofía del egoísmo individual) no son nada halagüeñas. La medida en que un sistema social reconozca este hecho y se obligue a sí mismo a contrarrestar esta tendencia natural estará, en mi opinión, en relación con el grado en que dicho sistema social haya logrado evitar los problemas estructurales y las tensiones sociales, cada vez más profundas, que surgen a consecuencia del proceso de urbanización masiva. (Harvey, 1977, p. 78)

De esta forma, y con un exhaustivo estudio, el autor logra demostrar que los planteamientos liberales se vuelven insuficientes para explicar los fenómenos de urbanización y desigualdad. Harvey (1977) ve la necesidad de incorporar otra matriz teórica que le permita no solo analizar la interacción entre las formas espaciales y los procesos sociales, sino que lo conduzcan a una comprensión más global e integral de la realidad. Es así que recurre a la perspectiva marxista, y plantea en un segundo momento del libro los “planteamientos socialistas” (p. 123).

Esta segunda parte del libro contiene tres capítulos al igual que la primera. El capítulo número cuatro, titulado "Las Teorías revolucionaria y contrarrevolucionaria en Geografía y el

problema de la formación de Guetos" (Harvey, 1977, p. 125), marca un cambio fundamental de inflexión hacia la orientación del análisis de Harvey, que como mencioné en el párrafo anterior, se abre frente hacia perspectivas abiertamente marxistas. Tomando como referencia central el conocido marco conceptual de Thomas Kuhn (2004) en su libro "La estructura de las revoluciones científicas", Harvey (1977) cuestiona profundamente las bases epistemológicas del neopositivismo en la geografía, señalando que lejos de ser una aproximación objetiva, estos enfoques cuantitativos suelen esconder una defensa implícita del orden establecido, impregnada de sesgos ideológicos y políticos. Frente a esta perspectiva tradicional, el autor sostiene la necesidad de construir una teoría crítica revolucionaria basada en el marxismo, contraponiendo así la temprana visión de Friedrich Engels sobre la ciudad industrial de Manchester al enfoque predominante representado por la Escuela de Sociología de Chicago.

En los capítulos cinco y seis Harvey (1977) ahonda ya de modo más profundo y detallado en el análisis desde el marxismo. En el quinto capítulo comienza diferenciando claramente los conceptos de "valor de uso" y "valor de cambio" (conceptos elaborados por Marx en su obra *El Capital, Crítica de la Economía política*, tomo 1, de 1867), presentándolos como elementos esenciales para comprender la dinámica del mercado del suelo urbano y descartando el concepto neoclásico de utilidad. El autor profundiza en el carácter específico del suelo como mercancía, enfatizando sus propiedades monopolísticas y analizando exhaustivamente las interacciones microeconómicas entre los diversos actores del mercado inmobiliario urbano desde el marco conceptual del materialismo dialéctico. El capítulo concluye con una detallada exploración del concepto de renta urbana, identificándolo como el factor determinante en la distribución espacial de los usos del suelo dentro de la ciudad capitalista. En el capítulo seis, por su parte, el geógrafo recurre principalmente a las teorías de Karl Polanyi sobre las formas históricas de regulación económica, utilizando estas ideas para investigar cómo la estructura urbana refleja procesos más amplios relacionados con la acumulación de excedentes a través del tiempo, así como para explorar las diversas formas espaciales que adopta la circulación del capital.

Por último, en el apartado final del libro, Harvey (1977) vuelve sobre los argumentos centrales desarrollados previamente, aclarando y profundizando sus planteamientos teóricos y la concepción general que tiene sobre la ciudad. En este contexto, reivindica con firmeza nuevamente la adopción del estudio de la economía política y de las medicaciones

estructurales, como método epistemológico adecuado de análisis de la realidad. También dedica parte de las páginas finales a comparar críticamente sus planteamientos con los de Lefebvre, reconociendo explícitamente la deuda intelectual que tiene con él. El autor concluye reexaminando la teoría lefebvriana sobre los dos circuitos de acumulación de capital, una teoría que expandirá considerablemente en posteriores obras.

1.2- Contexto y Síntesis Histórica de las Dos Obras de Interés

Lefebvre (2013) y Harvey (1977) hablan de un tipo de sociedad y sociabilidad que comienza su período de transición desde el siglo XVI al siglo XVIII. Esta contemporaneidad que transitan y viven en carne propia los autores, encuentra su génesis y se va construyendo en medio de los procesos de Revolución burguesa y el pasaje de un Estado Feudal y absolutista a un Estado Moderno de Derecho. Por tal motivo, considero oportuno tomar los aportes de Netto (1981) y Barroco (2008, 2009) como eje central para elaborar esta síntesis histórica. Estos autores reconstruyen de manera exhaustiva todo este proceso, planteando cómo el capitalismo y el Estado Moderno han generado formas específicas de alienación, entre ellas la reificación, abordada más concretamente por Netto (1981) y entendida como la objetivación cosificada de las relaciones sociales.

Netto (1981) por su parte, no se limita a la descripción abstracta de categorías, sino que articula las elaboraciones de Marx y de Lukács, con una narración histórica del desarrollo capitalista, mostrando cómo la expansión del mercado y de las instituciones modernas produce un mundo social que se presenta como natural e inevitable. Los siglos XVI al XVIII son tomados como punto de partida por el autor, porque es cuando el tránsito del feudalismo al capitalismo inaugura un proceso de mercantilización generalizada de la vida social. En este período, las relaciones interpersonales comienzan a mediar crecientemente por objetos y valores abstractos, y el mercado se constituye en el núcleo organizador de las interacciones sociales. Esta mutación histórica prepara el terreno para la aparición de un fenómeno que Marx analizará en profundidad en el siglo XIX: el fetichismo de la mercancía (Netto, 1981).

Entonces, según la síntesis que realiza Netto (1981), todo inicia con el mercadeo, una nueva forma de intercambio social, donde el individuo no produce ningún bien nuevo sino que comercia mercancías que extrae de otros lugares. La riqueza ya no se vincula a la

posesión de tierras sino a la posesión de dinero. Esto da surgimiento a un nuevo ser social: el individuo moderno, en oposición al siervo que era posesión del señor feudal. Pero concretamente, el primer punto de inflexión significativo o momento revolucionario es cuando este individuo se vuelve productor de la mercancía (clase productora) y da lugar a una revolución económica: la Revolución Industrial. Lo novedoso es que en este proceso se generan por primera vez en la historia las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas capaces de satisfacer las necesidades de la humanidad, una primera posibilidad de emancipación y de combatir la desigualdad: la humanidad se vuelve capaz de producir más de lo que puede o necesita consumir.

Este desarrollo expansivo de las fuerzas productivas, da paso a una revolución social y cultural, a nueva sociabilidad, a una nueva forma de conocimiento social del mundo, a una nueva concepción del ser humano. La visión antropocéntrica, que coloca al ser humano en el centro, sustituye la postura teocéntrica, de Dios en el centro. Aquí se constituye una nueva forma de relacionamiento social de los seres humanos con el conocimiento, la fundamentación de los valores con el iluminismo y se abre paso al Estado Moderno como forma necesaria de mediación entre el plano de lo singular y lo universal, para intentar así conciliar las nuevas formas de regulación social y las premisas de cohesión social y sentido de lo común (Netto, 1981).

Barroco (2009) en su libro “Ética e Serviço Social: fundamentos ontológicos”, sostiene que la mediación del Estado se hace necesaria porque la revolución burguesa da lugar a contradicciones. Por un lado, en el plano de lo universal, se da paso a una nueva división social del trabajo que engloba un nuevo sistema de cooperación y competencia que guiará la vida económica y orientará las relaciones sociales, lo cultural y lo político de la nueva sociabilidad, que pregonan un mundo de abundancia y del bien común. Pero, por otro lado, en el plano de lo particular, esto no se logra cristalizar plenamente, pues en lo concreto de esta nueva realidad social cada individuo va tras su interés individual, se da una apropiación privada del excedente de producción y del plus trabajo (es el trabajo extra que realiza más allá del trabajo que necesita para vivir; el individuo produce más de lo que necesita para vivir) y esa apropiación no es para todos.

Luego de un largo proceso de tres siglos, la revolución burguesa llega a su máxima expresión con la Revolución francesa en 1789, donde se abre paso a una revolución política con la universalización de los Derechos, consolidándose el pasaje de formas absolutistas a

formas más democrático republicanas. La plebe en las primeras formas de revolución constitucionalista no entraba dentro del marco de Derechos (Inglaterra s. XVIII) pero con la Revolución francesa, la universalización de ellos llega a la clase asalariada y no se restringen sólo a la nobleza y la burguesía. Con la Revolución burguesa en su punto supremo se pregona en lo universal los valores de igualdad, libertad y fraternidad, un mundo de abundancia, pero una riqueza que en lo concreto de la vida cotidiana no llega a todos (Barroco, 2008).

Este derroche de abundancia que no llega a todos los sectores de la población y la carencia que enfrentan los trabajadores en el diario vivir, me lleva a citar aquí otro momento clave de esta construcción dialéctica de la sociedad moderna: la Revolución proletaria de 1848. Este levantamiento hizo surgir el fenómeno de la “cuestión social” (Barroco, 2009, pp. 45-46), entendido como el cuestionamiento del proletariado hacia el orden establecido por la burguesía. Los trabajadores salen desilusionados de la revolución burguesa porque ven que no se cumplen las promesas que la burguesía pregonaba (igualdad, libertad y fraternidad) y por consiguiente, no puede esperar más de la situación. En esta fase la clase trabajadora se construye como clase para sí, pues toma conciencia de sí misma y pone en cuestión las carencias y contradicciones que la sociedad capitalista presenta: aquellos que son capaces de producir una sociedad rica y de abundancia son los que sufren la carencia; la nueva pobreza y desigualdad la padecen aquellos que son capaces de producir la riqueza: los trabajadores (Barroco, 2009).

En suma, en el plano universal se gestan los Derechos Humanos que rigen para todos los ciudadanos por igual, pero en el plano de lo particular se ve al sujeto burgués por un lado, capaz de satisfacer sus necesidades, y por otro a un sujeto que enfrenta la carencia, el asalariado y pueblo en general, y será el Estado de Derecho quien tendrá que mediar entre estos dos planos para garantizar la cohesión social. Este proceso progresivo fue configurando, en la esfera de lo universal, los consensos mínimos necesarios para la subsistencia de los individuos dentro de diferentes temas (salud, educación, trabajo, etc), mostrando que todos somos iguales ante la ley y sujetos de derecho, a pesar de que en la vida concreta de algunos individuos la carencia sea un hecho. No todos tienen oportunidad de elegir entre alternativas y las posibilidades y oportunidades de acceso son para algunos muy amplias y para otros prácticamente inexistentes (Barroco, 2008).

Un rasgo de esta contemporaneidad entonces, es que se vive en una sociedad profundamente desigual a nivel político, económico y social y los valores quedan expresados

en el plano de lo abstracto. Pero otro dato no menor es que este paradigma de Derechos Humanos como mínimos sociales no pertenece a la teoría crítica, sino a los fundamentos filosóficos que acompañan el orden burgués y la teoría liberal. Si bien surge como resultante de un momento de emancipación de la Revolución burguesa, plantea límites pues su constitución termina oficiando como medicación para mantener el orden establecido (Barroco, 2008).

Pero bien, me corresponde distinguir ahora la nueva sociabilidad que fue emergiendo como producto resultante de todo este proceso. El nuevo orden no sólo quedó circunscrito al plano económico, sino que marcó un trazo sustantivo de la nueva sociabilidad y todas las relaciones sociales pasaron a ser intercambiables y a regirse por relaciones de equivalencia como en el mercado. El Ethos capitalista es más que las relaciones de producción, genera una ideología, una cultura, una sociabilidad que acompaña esta procesualidad de consolidación del sistema. En el ethos capitalista es la posesión de cosas lo que comanda y las personas no se expresan a través de lo que son sino de lo que tienen; la elección de alternativas queda rebajada a qué es lo que tengo (Barroco, 2009).

En esta caracterización de la nueva sociabilidad, la contribución de Marx, especialmente en el primer capítulo de “El capital” (1990), representa para Netto (1981) un hito decisivo. Allí se descubre que las relaciones sociales entre los productores se enmascaran bajo la forma de relaciones entre cosas, y que los productos del trabajo parecen adquirir autonomía y poder propios. Este fetichismo, lejos de ser un error ideológico subjetivo, constituye una forma objetiva de la sociedad capitalista: una inversión en la que las relaciones humanas aparecen sometidas a la lógica de las mercancías y del valor. De este modo, el capitalismo del siglo XIX universaliza el fetichismo como rasgo histórico estructural.

Netto (1981) prosigue el análisis con la consolidación del capitalismo industrial y financiero hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX. En esta etapa, la expansión del Estado moderno, la burocracia, el derecho positivo, como mencioné en párrafos anteriores, y las ciencias sociales de orientación positivista, refuerzan la cosificación de las relaciones sociales. La “objetividad” del orden capitalista se presenta cada vez más como un hecho natural, y la historicidad de sus formas queda opacada por la apariencia de inevitabilidad. El autor retoma a Lukács, quién en su libro “Historia y conciencia de clase” de 1923 (Lukács, 1970), había formalizado el concepto de reificación, ofreciendo una clave para comprender la generalización de la cosificación a todas las dimensiones de la vida social. Netto pretende con

ello mostrar cómo la reificación, en tanto forma moderna de la alienación, se convierte en una estructura que organiza tanto la objetividad social como la subjetividad. El tiempo de trabajo, el derecho, la administración estatal y la propia vida cotidiana se ven moldeados por esta lógica de cosificación, que hace de la experiencia humana algo formalizado, cuantificable y fragmentado. En este sentido, la reificación no es solo un fenómeno ideológico, sino una estructura material que domina la sociedad capitalista.

El análisis histórico de Netto (1981) culmina con la caracterización de lo que él denomina la “positividad capitalista”. En esta etapa, las instituciones y mediaciones sociales (como el mercado, la competencia, el derecho, la burocracia y la ciencia) aparecen revestidas de una neutralidad que oculta su origen histórico y sus vínculos con la dominación de clase. El capitalismo logra así consolidar un orden cosificado que se presenta como segunda naturaleza, y que penetra tanto en el sentido común como en la práctica cotidiana. La alienación, al cristalizarse en reificación, se naturaliza como si fuera un hecho objetivo e inmodificable.

No obstante, la síntesis histórica que realiza este autor (Netto, 1981) no es determinista, sino que subraya que cuanto más avanza la reificación, más se hacen visibles también las contradicciones internas del capitalismo. La historicidad de las formas sociales abre la posibilidad de su crítica y transformación. La reificación no es una ilusión subjetiva, sino un resultado histórico objetivo y, justamente por ello, puede ser cuestionada y superada mediante la praxis social consciente y organizada.

Los aportes tanto de Netto (1981) como de Barroco (2008, 2009), exponen cómo el capitalismo ha construido progresivamente un mundo cosificado, en el que las relaciones sociales se presentan como cosas y las instituciones como hechos naturales. Sin embargo, al mismo tiempo deja abierta la posibilidad de una crítica radical que restituya la historicidad de las formas sociales y abra paso a su superación. La reificación aparece así como el núcleo histórico de la alienación en el capitalismo y como el principal desafío para la praxis emancipadora.

Entonces, tomando los planteamientos de estos dos autores (Netto, 1981 y Barroco 2008, 2009), puedo sintetizar que lo que se devela en todo este recorrido, es la mayor contradicción del sistema capitalista: por un lado se construye históricamente un sistema capaz de, en lo abstracto, dar un amplio y mejor desarrollo para el ser social y por el otro,

dentro de su propia sociabilidad, crece el germen de su negación, puesto que termina generando, en lo concreto, sujetos cada vez más alienados, que no se reconocen como ontocreadores, como determinantes y determinados por la realidad social.

Es en este momento histórico donde se tienen supuestamente las posibilidades de romper con el proceso de alienación, porque hay una realidad económica que muestra las posibilidades reales de terminar con la desigualdad de la humanidad y lograr una mayor emancipación, sin embargo los propios mecanismos de mercantilización que se extienden a la vida social y la fragmentan, no permiten la mirada totalizante de la realidad, una reflexión ética crítica de ella y la alienación entonces se profundiza en un espiral sin fin. Desde la alienación no hay posibilidad de reflexión ética, por eso aquí la teoría crítica y las herramientas de análisis de la filosofía de la praxis, como subrayan Lukács (Duayer y Medeiros, 2009) y Gramsci (1999) a lo largo de su obra, son esenciales para ayudarnos a contrarrestar este espiral alienante y encontrar caminos que nos conduzcan a posibilidades reales de transformación social y emancipación (Barroco, 2009).

1.3- Algunas Herramientas Para Comprender la Perspectiva Teórica del Marxismo en su Devenir Histórico

Tanto Lefebvre (2013) como Harvey (1977) comparten un mismo escenario histórico y un posicionamiento crítico que les es común. Ellos reflejan preocupaciones de una misma época y se ubican desde la perspectiva crítico marxista, aunque presentan ciertos matices en sus análisis: Lefebvre con una mirada más filosófica y socio-cultural, para tratar de llevar el análisis marxista a un siguiente nivel no tan trabajado hasta el momento, y Harvey explicitando y poniendo más énfasis en las determinaciones económicas y políticas dentro de su análisis.

Por tal motivo, considero de suma utilidad hacer un breve recorrido entre las distintas formas que toma el marxismo en su devenir histórico, pasando por lugares más mecanicistas y reduccionistas, así como también asumiendo miradas renovadoras que intentan recuperar la teoría marxista original a luz de los nuevos acontecimientos y contexto histórico, donde se transita una etapa diferente del desarrollo del sistema del capital abordado por Marx, con nuevos desafíos.

Asumir el marxismo como camino de comprensión de la realidad conlleva entender las mediaciones económicas, sociales y culturales como producto de relaciones de producción y de poder, pero captando a su vez que éstas están determinadas históricamente. Esta perspectiva teórica no se contenta con solo describir la realidad, sino que la mueve un fuerte deseo y convicción de transformación del mundo en un lugar justo y menos desigual, reconociendo para ello aspectos clave como la explotación, la dominación y la contradicción de clases. Pero plantearé aquí varias distinciones dentro de su matriz (Marx, 1990).

Hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX floreció un debate sobre el significado del “marxismo ortodoxo” que atravesó la postura de diferentes autores que se posicionaron en torno al debate de la II Internacional. La ortodoxia estaba vinculada a la búsqueda de un análisis riguroso del capitalismo, concibiendo al marxismo como un método en sí mismo de análisis de la realidad. Estas miradas reduccionistas y vulgares del marxismo se caracterizaban por una definición más determinista y científica del mismo. Aquí no había lugar para flexibilidades, sino que había categorías claras sobre las cuales encuadrar los estudios científicos: adherirse estrictamente a la teoría construida inicialmente por Marx y Engels desde la economía política, sobre el capitalismo y su devenir histórico. Conceptos como explotación capitalista, plusvalía, materialismo histórico, dialéctica materialista, la lucha de clases, alienación, debían resguardarse en una rigurosa coherencia interna, pues eran la caracterización fundante de la teoría marxista (Korsch, 1971).

Con materialismo histórico se hace referencia a que la historia humana está esencialmente determinada por componentes materiales y económicos: las relaciones sociales de producción. Bajo esta premisa se considera que la estructura económica bajo la cual se cimienta una sociedad condiciona y determina todos los demás aspectos de la realidad, como ser las relaciones sociales, los modos de vida, las instituciones, la cultura. En este encuadre, a través del método dialéctico materialista, se analiza la realidad de forma de develar cómo la sociedad se construye y transcurre en medio de contradicciones internas, conflictos, enfrentamientos de clases y revoluciones, deviniendo en transformaciones sociales radicales que decanten en otros sistemas sociales y modos de producción. Es una dialéctica que rompe con la concebida por Hegel, pues se plantea que este movimiento contradictorio parte de la práctica social, de lo material de la acción social, y no desde el plano abstracto de la idea, del espíritu absoluto (Marx y Engels, 1974).

Este constructo teórico le otorga central importancia al análisis exhaustivo y estricto del sistema económico capitalista, elaborando la teoría del valor-trabajo, comprendiendo las dinámicas de la explotación y la extracción de plusvalía, así como los ciclos de crisis económicas constitutivos del capitalismo. En este marco, la lucha de clases se concibe como el impulsor por excelencia del devenir histórico. Las contradicciones que se manifiestan en la realidad según la posición que ocupan los seres humanos en la estructura social respecto a los medios de producción son el núcleo fundamental del conflicto sociopolítico: de un lado la burguesía, clase propietaria de los medios de producción, y del otro lado el proletariado, clase trabajadora (Marx, 1990).

El marxismo sostiene la firme perspectiva de que es posible transformar la realidad en una sociedad más justa, pero para ello, sus versiones más reduccionistas y mecanicistas, ven a la revolución proletaria como la única forma de dirimir el conflicto de clases, derribando el capitalismo e instaurando un nuevo sistema económico: el socialismo (propiedad social de los medios de producción). La cuestión que se deja ver claramente aquí es que, para esta concepción del marxismo, problemas sociales como la pobreza o la desigualdad social son productos intrínsecamente relacionados a la explotación de la estructura económica del capitalismo sobre el ser humano. Concebir al mundo desde este posicionamiento teórico supone anteponer factores estructurales y económicos por sobre cuestiones culturales y políticas, pues la economía rige los procesos de producción y reproducción social, y son las relaciones entre la propiedad y el sistema de producción las que modelan las estructuras sociales, culturales y políticas, que luego determinan el accionar humano (Korsch, 1971).

Para ilustrar un poco, si traslado este enfoque al estudio del urbanismo, como es de interés en mi monografía, podría ver a un investigador concluyendo que la especulación inmobiliaria o la acumulación capitalista determinan la organización y disposición del espacio en las ciudades. Estos enunciados, podría decir, que no están muy lejanos a los planteamientos de Lefebvre (2013) y Harvey (1977), pero claramente ambos autores no se limitan a este simple análisis, sino que enriquecen la teoría marxista, sin reducirla ni vaciarla de contenido, incorporando mediaciones sociales, culturales y la praxis de los sujetos como ámbito de toma de conciencia en pos de la transformación social, proponiendo un marxismo que analice y abarque todas las esferas de la vida social, en el marco de la nueva realidad histórica.

Entonces bien, la teoría marxista, como todo producto humano, ha sufrido a lo largo de la historia deformaciones así como también reinterpretaciones del pensamiento original de Marx. Por un lado, las deformaciones decantaron en reduccionismos de la teoría inicial y en análisis más mecanicistas y miradas más dogmáticas del marxismo, con un claro vaciamiento de contenido. Por otros caminos en cambio, la reinterpretación del pensamiento original de Marx, retomando sus riquezas, permitió actualizar su perspectiva teórica, vincularla a las nuevas condiciones históricas, de manera de poder abordar, comprender y transformar los nuevos problemas o nuevas expresiones de los problemas ya abordados por Marx en otras épocas.

En su esencia, el marxismo se caracteriza por una crítica radical al sistema capitalista, y cómo sus estructuras económicas condicionan la vida de la humanidad. Busca develar todas las contradicciones que el capitalismo genera en su devenir histórico (la explotación, la desigualdad, la alienación), de forma que seamos capaces de entender que la realidad que uno vive es producto de procesos históricos concretos (Korsch, 1971). Comprender esta cuestión es fundamental puesto que son estas propias contradicciones internas del sistema las que impulsarían la deseada transformación social. Una transformación que, para un marxismo más vulgar, encontraría como única vía la revolución proletaria, pero que en nuevas concepciones renovadas, hallaría también esta transformación por otros caminos, como ser la apropiación consciente de la realidad por parte de los sujetos, ampliando sus oportunidades para decidir sobre sus vidas, y así hacer de la realidad el producto que humanamente quieren: una sociedad justa e igualitaria.

Si para el marxismo uno de los fundamentos esenciales es la historia como proceso, y los fenómenos de producción y reproducción que se dan en el marco de su devenir, sus concepciones renovadas, que sobre la segunda mitad del siglo XX ven la necesidad de la vuelta al Marx verdadero, buscan precisamente actualizarlo frente a los cambios que ha transitado el mundo y al nuevo contexto histórico, diferente al de Marx y Engels (Anderson, 1979).

No solo es una actualización de los conceptos clásicos lo que se desarrolla en estas nuevas etapas del marxismo (alienación, mercantilización, lucha de clases, todas nociones que se las recontextualiza también), sino que se da una renovación en la forma de analizar la reproducción social y sus determinantes. Se le vuelve a otorgar especial énfasis a los aspectos subjetivos, y se coloca en un lugar clave a los fenómenos sociales, culturales y simbólicos en

la construcción de la totalidad social. En contraposición, al marxismo vulgar ponderaba las cuestiones estructurales y económicas como las mayores o casi únicos aspectos determinantes, vaciando de contenido la teoría inicial de Marx y colocando al sujeto prácticamente como ejecutor y no como un ser social consciente y transformador de la realidad desde su subjetividad (Anderson, 1979).

Se puede decir entonces que las nuevas lecturas de Marx, sus reinterpretaciones en un nuevo contexto histórico, buscan enriquecer la teoría inicial. Los nuevos marxismos, lejos de alejarse hacia otros marcos teóricos, lo abrazan pero de forma crítica, como el propio Marx enseñó. Proyectan una forma de análisis de la realidad más creativa, crítica y amplia, en un esfuerzo por enriquecer la mirada, recuperando la profundidad y complejidad de los planteos de Marx. Cuestionan sus aspectos más conservadores y rígidos, a la vez que incorporan aportes de otras disciplinas como la filosofía, la antropología, la sociología, dialogando con distintos enfoques como el existencialismo, la semiótica, la crítica cultural y la fenomenología, que le permitan mayor flexibilidad metodológica y una comprensión más integral y global de la realidad (Anderson, 1979).

Bajo esta nueva concepción, el marxismo abre la puerta a otras posibilidades de transformación social. Esta transformación de la sociedad fue, gradualmente, asumiéndose y entendiéndose de forma más amplia en su devenir histórico, y lo que en una primera instancia se interpretó como la única vía de cambio, la revolución proletaria propiamente dicha, luego fue incorporando otros caminos y prácticas emancipatorias. Los procesos de transformación social deben apuntar al macrocosmos y al microcosmos en el entendido de que la realidad es una totalidad social, síntesis de lo singular y lo universal, de la parte y el todo. Por ello, los procesos de transformación social que pretendan superar lo existente, tienen que alcanzar las diferentes esferas de la vida social. En otras palabras, los nuevos marxismos sostienen que esta transformación de la sociedad puede llevarse a cabo ya sea desde grandes como pequeñas acciones, que engloben tanto decisiones políticas y macroeconómicas, como también, y sobre todo, las prácticas en el marco de la vida cotidiana: la praxis social (Gramsci, 1999).

En esta evolución hacia expresiones más renovadas y contextualizadas, el marxismo se topa con referentes de la talla de Lukács (Duayer y Medeiros, 2009) y Gramsci (1999), quiénes traen nuevos aportes para ampliar la profundidad y complejidad del análisis marxista de la realidad, resaltando los componentes subjetivos y simbólicos en la reproducción social. Posicionándose desde una ontología crítica, estos autores traen conceptos claves como el de

praxis social, fundamental para captar más a profundidad la complejidad del materialismo dialéctico de Marx, y el de filosofía de la praxis, herramienta para la comprensión de la realidad desde una mirada totalizante, que visualiza a los seres humanos como sujetos capaces de encarnar la transformación social.

Así, Gramsci enfatiza en una nueva concepción ética, en un posicionamiento ético-político consciente y comprometido, ya no basado en una moral ahistórica y externa al ser humano, abstracta y teórica, sino que hace hincapié en asumir una ética construida humana e históricamente, como bien describe Vivero Arriagada (2023) en el libro “Gramsci y la filosofía de la praxis”:

la explicación teórica, es fundamental, pero, para ser pensada como un recurso político-intelectual que contribuya a la transformación, debe estar acompañada de la práctica, que le da sentido a esa elaboración abstracta de la realidad. En esta línea, a la filosofía de la praxis la podemos entender como la síntesis dialéctica de esa articulación entre teoría y práctica. Así entonces, para la filosofía de la praxis no puede haber práctica sin teoría, ni teoría sin práctica. (Vivero Arriagada, 2023, p. 9)

Agregando insumos a este planteamiento, Duayer y Medeiros en su documento “La ontología crítica de Lukács: para una ética objetivamente fundada” (2009), nos traen los aportes de Lukács que, por su parte, dice concretamente que la praxis social es más que una acción puntual, es la encarnación en lo concreto de un sujeto y lo que lo diferencia de los demás seres orgánicos e inorgánicos, lo que lo constituye en ser social. Lukács habla concretamente sobre el trabajo como protoforma de praxis social, pero estas definiciones y planteamientos servirán para entender a la praxis social toda:

en contraste con las concepciones científicas burguesas, demuestra que la praxis, en especial el trabajo, es una determinación exclusiva del ser social. El trabajo, concebido como “autorrealización, objetivación del sujeto, por lo tanto, libertad real”, es una llave para comprender la unidad dialéctica de necesidad (ley) y libertad que distingue al ser social de los seres orgánico e inorgánico. (Duayer y Medeiros, 2009, párr 4)

Esta mirada intenta poner al sujeto en el centro, quien aparece como ontocreador, con su historicidad y conciencia, que crea, transforma y se transforma en la praxis. Un sujeto que es síntesis de todas sus determinaciones, de lo que fue y lo que es, y contiene en sí mismo las posibilidades de su futuro, de su devenir. Digo que un individuo no nace sujeto, sino que se construye como sujeto, cuando realiza todas sus capacidades como ser social. Esto significa el desarrollo de una praxis en la cual es capaz de, a través de su conciencia, reconocer los nexos causales en los que está inmerso (condiciones externas a él ya dadas), sus necesidades y en ellas sus posibilidades y limitaciones contenidas en la realidad. En la praxis se engloba una conciencia que orienta, una teleología (previa ideación en la mente del sujeto) que aporta direccionalidad a la posterior acción, una estrategia y elección de alternativas (donde suelen expresarse más fuertemente los valores), y la efectivización y objetivación en la práctica para obtener un resultado. Es por medio de la praxis que el individuo se hace como ser social, se renueva continuamente y a su vez expresa las razones, valores y sentidos que orientan su acción: qué hace y por qué lo hace, construyendo y reconstruyendo así moralidades históricas (Duayer y Medeiros, 2009).

Esta perspectiva provee de una mirada totalizante, al analizar mis comportamientos prácticos concretos como sujeto y sacando a la luz el movimiento histórico y dialéctico (contradicciones) de la realidad en ellos. Es una herramienta que transmite una determinada visión de qué es la realidad, cómo la puedo conocer y cómo la puedo transformar, a la vez que, al transformarla, también me continúo reconstruyendo como sujeto (Vivero Arriagada, 2023).

Gramsci (1999) en los escritos publicados en los “Cuadernos de la cárcel”, así como a lo largo de toda su obra, habla no solo de este sujeto consciente y crítico, sino que plantea la idea de un sujeto colectivo, que en el seno de la sociedad capitalista, incorporando una mirada y proyecto ético-político sobre la realidad, encierra las posibilidades o no de transformación social. Se puede entender por sujeto colectivo a un agrupamiento de personas diferentes, cada uno con su individualidad, pero que tienen un objetivo en común, que desarrollan una misma praxis social unificada. Un sujeto colectivo no es tal porque sea homogéneo, sino al contrario, sintetiza la heterogeneidad de sus miembros. Más allá de su heterogeneidad, las personas se identifican y se sienten parte de un mismo proyecto ético-político que los engloba y da significado a su existencia en medio de un sistema social capitalista que vacía de sentido. Es un proyecto ético porque transmite un determinado consenso de valores que orientan, y

político porque refiere a que las personas requerimos una forma práctica para efectivizar los valores y satisfacción de las necesidades en lo concreto de la vida cotidiana. Como sujeto colectivo, sus miembros comparten valores, una ideología, una visión del mundo, experiencias, objetivos, la búsqueda de soluciones a determinados problemas sociales que les son comunes. Y en este marco, si bien Gramsci (1999) no especifica una agrupación concreta como sujeto colectivo, expone la importancia de la clase obrera en la construcción de este sujeto colectivo, puesto que es la que debe ser capaz, en medio de su lucha por la hegemonía, de congregarse y articular los intereses propios y los de otros grupos subalternos, direccionándolos todos hacia la transformación de la sociedad.

En fin, podría seguir extendiéndome en describir el extenso y diverso recorrido que ha tenido el pensamiento marxista a lo largo de la historia, pero considero que ya he dejado expuestas las principales cuestiones de su devenir histórico, congregando las consideraciones necesarias y suficientes para poder comprender los posteriores planteamientos de Lefebvre (2013) y Harvey (1977) que enunciaré más adelante. A modo de síntesis de este apartado, me gustaría dejarles unas palabras de Barroco, quien sostiene que el camino para superar la alienación, lograr la transformación social y la emancipación, en medio de esta sociedad capitalista, es arduo pero no imposible:

Si bien los procesos de deshumanización vividos en el contexto del capitalismo impiden o dificultan la apropiación de los logros humanos por parte de los individuos, transformando sus motivaciones éticas en formas de alienación, queremos afirmar aquí que los valores no se pierden en la historia y que, en ésta, en un contexto de deshumanización, la praxis ética, como crítica de la moral dominante y práctica de defensa de derechos y valores emancipadores, es posible y necesaria. (Barroco, 2009, pp. 16)

La praxis ética será, entonces, la que promueva la toma de conciencia de los sujetos de sí mismos y de su mundo. Será la que nos lleve a visualizar la realidad como una totalidad, como un complejo de complejos, donde los seres humanos somos tanto determinantes como determinados, y que por ende, dentro de un mar de limitaciones y oportunidades, podremos elegir qué sociedad queremos y, en consecuencia, luchar por construirla: una sociedad humanizada, emancipada, justa e igualitaria.

En el siguiente capítulo me adentraré en el estudio de las dos obras principales que convoco en esta monografía, “La producción del espacio” de Henri Lefebvre (2013) y “Urbanismo y desigualdad social” de David Harvey (1977), y su análisis en términos comparativos. Allí intentaré esbozar características que he compartido en este capítulo sobre la mirada marxista en esta época concreta de los años 1970, y cómo en ambos autores se ven estos rasgos de búsqueda del Marx verdadero, de retomar la teoría inicial para renovarla, enriquecerla y contextualizarla.

Capítulo 2: Análisis Comparativo de Ambas Obras: “La Producción del Espacio” y “Urbanismo y Desigualdad Social”

2.1- El Uso del Marxismo en Ambas Obras

Profundizando aún más en los aportes que Lefebvre y Harvey brindan para el estudio del territorio, y continuando en esta lógica comparativa de las perspectivas de cada autor, es que deseo enfocarme en este capítulo, en someter al diálogo a los dos libros que me convocan: “La producción del espacio” (Lefebvre, 2013) y “Urbanismo y Desigualdad Social” (Harvey, 1977).

Como primer punto a comparar, me interesa ahondar en la perspectiva marxista de estas dos obras. Si bien ya he realizado un breve recorrido de cómo ha permeado esta perspectiva teórica en la vida y pensamiento de cada autor, en este apartado me gustaría profundizar cómo valoran y emplean la visión marxista en los planteamientos concretos de estos trabajos y cómo aplican y adaptan los conceptos marxistas al análisis del espacio urbano y la desigualdad.

Por su parte, Lefebvre (2013) emplea el marxismo como un marco interpretativo esencial pero también integrador, fusionándolo con enfoques fenomenológicos y existenciales. Su aplicación del marxismo se centra en revelar cómo las estructuras capitalistas se manifiestan en la producción cotidiana y cultural del espacio. A él le interesa poner el foco en la dialéctica marxista como método para comprender cómo las contradicciones inherentes al capitalismo se materializan espacialmente. Pero en este ejercicio, a su vez, busca mostrar el considerable y preponderante papel que juegan el mundo

de lo subjetivo, lo cultural y lo simbólico en esta construcción y reproducción social del espacio, que no es algo externo que determina la vida de los sujetos, sino que es determinante pero también determinado en el devenir contradictorio del tiempo. De esta manera, considera al espacio no solo como reflejo pasivo de relaciones económicas, sino como un ámbito activo de resistencia y transformación social.

En este libro, el Lefebvre (2013) adapta conceptos marxistas como “valor de uso” y “valor de cambio” (Marx, 1990) para explicar cómo el capitalismo transforma el espacio en mercancía. Él dice que la contradicción entre estos dos valores genera conflictos urbanos, puesto que el espacio concebido como mercancía (valor de cambio) frecuentemente entra en tensión con el espacio experimentado por las comunidades (valor de uso). Lefebvre (2013) subraya especialmente cómo la experiencia cotidiana del espacio revela contradicciones económicas y sociales, incorporando un análisis profundo del capitalismo pero desde una perspectiva cultural y existencial, no solo económica.

Harvey (1977), en cambio, adopta un marxismo más riguroso y económico-político, enfocándose principalmente en cómo las dinámicas del capital condicionan estructuralmente la producción y organización del espacio urbano. Este autor sostiene que las ciudades modernas son resultado directo de procesos de acumulación capitalista, donde la lógica de ganancia guía el desarrollo urbano, resultando en desigualdades espaciales y sociales sistemáticas. Su enfoque crítico se centra especialmente en la acumulación originaria como planteaba Marx (en obras posteriores traerá el concepto de acumulación por desposesión, con el advenimiento del neoliberalismo) y en cómo el capitalismo utiliza la urbanización para desplazar comunidades, apropiarse de recursos y perpetuar desigualdades económicas y sociales.

La impronta de Harvey (1977) es la de adaptar conceptos marxistas de forma más directa y sistemática. En particular, desarrolla el concepto de "acumulación" (Harvey, 1977, p. 237), haciendo alusión a la acumulación originaria en la obra de Marx, pero actualizando su significado para explicar cómo el capitalismo utiliza la urbanización para extraer valor económico mediante el desplazamiento de comunidades, privatización de bienes comunes y la especulación inmobiliaria. El autor quiere dejar en claro que estos procesos no son secundarios, sino que se hacen fundamentales en la reproducción ampliada del capital y necesarias para la perpetuación del sistema, y por ende, en su contracara contradictoria, para la perpetuación también de las desigualdades sociales y espaciales. En este marco es que en

posteriores obras, entre ellas “Ciudades rebeldes: del Derecho a la ciudad a la revolución urbana” (2013), propondrá el concepto de "derecho a la ciudad" tomado de Lefebvre, como reivindicación política marxista, exigiendo un control democrático del espacio urbano frente a la lógica excluyente del capitalismo.

En suma, los dos autores destacan la relevancia crítica del marxismo para el estudio del territorio y el urbanismo, aunque difieren en el énfasis dado a aspectos subjetivos versus aspectos estructurales del espacio. Si realizara una combinación de ambos enfoques tendría, claramente, un panorama más integral a la hora de estudiar y comprender mejor las complejas dinámicas urbanas que vivimos hoy día.

La valoración que hace Lefebvre (2013) del marxismo en este libro es una valoración crítica, que la ve por un lado como una herramienta analítica fundamental para entender las dinámicas urbanas y territoriales contemporáneas, necesaria para develar las contradicciones capitalistas materializadas en el espacio, pero advirtiendo a la vez sobre la importancia de integrar aspectos fenomenológicos y culturales para evitar un análisis demasiado economicista. Harvey (1977), por su parte, enfatiza fuertemente en la utilidad de esta perspectiva teórica para traer al plano de lo visible las mediaciones económicas subyacentes que determinan patrones urbanos desiguales, y destaca el potencial que tiene el marxismo para comprender cómo las ciudades son configuradas sistemáticamente para beneficiar intereses capitalistas específicos. No obstante, aunque a Harvey (1977) se lo ve como un autor más rígido en su análisis, él también reconoce, en cierta medida, la influencia de los aspectos culturales y subjetivos del espacio urbano en la reproducción social y en las posibilidades de transformación social, desde la postura marxista crítica que adopta.

2.2- Metodologías de los Autores en Confrontación

Como escribe Emilio Martínez en la Introducción preliminar del libro “La producción del espacio” (Lefebvre, 2013), el escritor y periodista Umbral califica el marxismo de Lefebvre como un “marxismo alegre” (Lefebvre, 2013, p. 31) por su impronta flexible y heterodoxa. Podría muy bien coincidir con este calificativo, puesto que es clara la riqueza de este autor al desarrollar un enfoque metodológico que fusiona dialéctica marxista,

fenomenología y crítica social para analizar el espacio. Lo sumamente actual y vigente de este autor, que trasciende su propio tiempo, se resume en que sus observaciones:

se sitúan en el orden de una prospectiva de las tendencias de cambio social habilitada desde el método regresivo-progresivo, la dialéctica (construcción por negación) y una transducción consistente en pensar lo posible. Pero conviene tener presente que su perspectiva no habría logrado el alcance mostrado de no mediar su propio vitalismo y su apertura intelectual hacia el fluir de lo social y su discurso, ya fuera en las manifestaciones artísticas de vanguardia o en la aparente retaguardia de lo cotidiano, en las aulas universitarias o en los cafés y calles donde la vida se derrama sin cesar. (Lefebvre, 2013, p. 31)

Como vemos, a Lefebvre lo caracterizaba su impronta de partir de la propia realidad vivida (como también le ocurrió al propio Marx), volviéndose un hombre que, a lo largo de su obra, marca la importancia del “saber y vivir” (Lefebvre, 2013, p. 31), del “vivir primero, luego escribir” (p. 9), para lograr sensibilizar a las personas inmersas en este mundo y liberarse así de sus estados letárgicos de alienación. Haciendo visibles las contradicciones de su tiempo, de la sociedad creada por el capitalismo y divulgando su trabajo perseguía su principal objetivo que era “convencer y vencer” (p. 9) en pos de la emancipación humana.

Dentro del enfoque filosófico crítico, la dialéctica le permite a Lefebvre (2013) entender cómo diversas fuerzas sociales se enfrentan y generan nuevas síntesis espaciales. Su método fenomenológico enfatiza la experiencia cotidiana y vivida del espacio, revelando cómo las prácticas rutinarias reflejan relaciones sociales más amplias y profundas. A lo largo del libro vemos como el autor critica las metodologías tradicionales (como la arquitectura o la geometría) por limitarse a concepciones abstractas del espacio, ignorando el papel activo y dinámico de las personas en su producción continua.

Dentro de este papel activo de los sujetos en la producción del espacio es que Lefebvre (2013) se posiciona para asumir como guía el método de la “transducción y la utopía experimental” (p. 13), que hacen referencia al indagar en las posibilidades humanas de creación y proyección de mundos posibles, partiendo de la construcción de un “objeto virtual”

creado teóricamente pero con información concreta de la vida real. Propone así una "dialéctica" del espacio (p. 47), como una extensión del método dialéctico, para entender la conformación y reproducción del espacio social que articula la percepción y experiencia cotidiana por un lado, la concepción y los discursos científicos y técnicos por otro, y la vivencia como tercer factor, alusiva a aquellos aspectos simbólicos, emocionales y culturales del espacio.

Por su parte Harvey (1977) utiliza un método marxista más rígido, si se quiere, centrado en el análisis político económico del espacio. Su metodología coloca la acumulación de capital como principal motor de la producción espacial, subrayando cómo los procesos económicos globales determinan directamente la configuración urbana y territorial. Para él, fenómenos como la inversión capitalista, la circulación de mercancías y la especulación inmobiliaria, estructuran las desigualdades urbanas, y es por tal razón que elige centrar su análisis en estos aspectos constitutivos del sistema. No es que Lefebvre (2013) no comparta estos mismos conceptos, sino que las diferencias en ambos análisis radica en qué aspectos toman cada autor para profundizar. Lefebvre (2013) por su parte, da por sentado la mayoría del panorama planteado por Harvey (1977), y se encarga de ahondar en aspectos subjetivos, simbólicos y culturales, no trabajados a profundidad hasta el momento.

Pero volviendo a Harvey (1977), con este enfoque metodológico, prioriza la comprensión de los mecanismos estructurales del capitalismo que generan y reproducen desigualdades espaciales sistemáticas, y retoma de forma crítica conceptos marxistas claves como valor de uso, valor de cambio y acumulación de capital para explicar la dinámica del urbanismo contemporáneo.

En el libro "Urbanismo y desigualdades sociales" (Harvey, 1977), comienza planteando que, según los supuestos liberales, metodología y filosofía caminan por separado a la hora de construir conocimiento científico. Estos dualismos intentan ser superados de muchas formas en el camino de la ciencia, ya sea tomándolos como inevitables o reconciliándolos en un sistema de creencias coherente como hizo Kant con el "a priorismo" (p. 7). Pero Harvey (1977), no satisfecho con esta postura, asume una ética marxista que elimina estas distancias entre hechos y valores:

esta ética se ocupa más de cómo los conceptos de justicia social y moralidad surgen de la práctica humana y se relacionan con ella, que de los argumentos sobre las verdades

eternas vinculados a estos conceptos. Para Marx, el acto de observar es el acto de valorar, y tratar de separarlos es crear en la práctica humana una distinción que en realidad no existe. (Harvey, 1977, p. 7)

El sujeto y la realidad social son parte uno del otro y están en continua relación de interdependencia y determinación según Harvey (1977), por lo cual propone pensar la realidad en términos contradictorios, desde una dialéctica marxista, rompiendo con los dualismos y miradas fragmentarias. La sociedad es considerada por este geógrafo como “un grupo de estructuras en proceso de continua transformación” (p. 310), y agrega:

Dentro de un modo de producción, se producen estados de conciencia, no de manera instantánea o arbitraria, sino por transformaciones y presiones que influyen en formas de pensamiento profundamente enraizadas y las reformulan de modo que se conviertan claramente en el soporte de la estructura de producción existente en la sociedad. De este modo, los estados de conciencia relacionados con la reciprocidad y la redistribución como modos de integración económica son transformados para satisfacer las necesidades de una sociedad actualmente basada en el intercambio de mercado. La definición del ingreso se transforma conforme se transforma la conciencia. (Harvey, 1977, p. 310)

A modo de síntesis de este apartado, en términos concretamente comparativos, la principal fortaleza del método de Lefebvre (2013) reside en su capacidad para captar la riqueza y complejidad de las experiencias cotidianas del espacio y la vivencia de los sujetos. Con su enfoque integral es posible identificar cómo se materializan las relaciones de poder en prácticas y percepciones de la vida cotidiana, aunque pueda resultar menos preciso en términos de análisis económico detallado. Por otro lado, la fortaleza del método de Harvey (1977) está en su rigurosidad analítica respecto a las estructuras económicas subyacentes, proporcionando claridad sobre cómo se generan las desigualdades urbanas desde una perspectiva macroeconómica. No obstante, no subestima la importancia de las experiencias subjetivas y culturales, esenciales en la comprensión del espacio desde una perspectiva más amplia y vivencial.

Vuelvo a remarcar entonces, que ambos análisis ofrecen perspectivas complementarias, que combinadas permiten una comprensión más integral del espacio urbano y territorial, de los fenómenos de desigualdad y exclusión, pues los dos autores deciden abordar la realidad como lo que es: un complejo de complejos.

2.3- Algunos Conceptos Claves en Ambas Obras: Encuentros y Distinciones que Presentan los Autores

En este apartado me concentraré en describir como Lefebvre (2013) y Harvey (1977) desarrollan y plantean sus conceptos claves, en el marco de sus teorías del espacio y desarrollo urbano, y en qué puntos convergen o discrepan en sus ideas y definiciones.

En cuanto al concepto del espacio, Lefebvre (2013) sostiene que el espacio es un “producto social” (p. 86). Cada sociedad produce su propio espacio, reflejando sus modos de producción, relaciones de poder y estructuras sociales. En el contexto del capitalismo, el espacio se convierte en una “mercancía” (p. 86), sujeto a las dinámicas de valor de uso y valor de cambio. Esta mercantilización del espacio conduce a procesos de homogeneización y fragmentación, donde a base de divisiones y segregaciones espaciales, según criterios económicos y sociales, se busca estandarizar los entornos en pos de facilitar su comercialización.

Con esta declaración, Lefebvre (2013) quiere demostrar que el espacio no es neutral. Su producción y organización están intrínsecamente ligadas a relaciones de poder y control, y son el Estado y las instituciones dominantes quienes lo utilizan como herramienta de control social, implementando estrategias espaciales que refuerzan su hegemonía. La planificación urbana, según esta lógica, puede ser utilizada para segregar comunidades, controlar movimientos poblacionales o favorecer ciertos intereses económicos. Pero no todo es negativo en este planteamiento, pues el autor también sugiere que las prácticas espaciales cotidianas pueden convertirse en formas de resistencia y apropiación, donde los individuos y comunidades desafíen y reconfiguren los espacios según sus necesidades y aspiraciones, y así logren romper con su estado alienante y funcional al sistema.

A través de su análisis filosófico crítico y su método dialéctico, Lefebvre (2013) desarrolla una primera tríada del espacio con tres acepciones, según éste se expresa en la

realidad: el espacio absoluto, el espacio abstracto y el espacio diferencial. Posteriormente profundiza en otra tríada más compleja, donde distingue entre espacio percibido, espacio concebido y espacio vivido, constituyendo así lo que llamará la “tríada” del espacio (p. 15, 97 y 98), que no es otra cosa que la dialéctica del espacio, pero con tres dimensiones del mismo que entran en contradictoria y permanente relación. A continuación pretendo mostrar cómo es que el autor pone en relación ambas tríadas, y a qué refieren los conceptos que cada una encierra.

La primera tríada tiene como objetivo mostrar que el espacio no es fijo ni neutro, sino que es históricamente producido y sus estructuras dominantes responden a relaciones de poder. Por lo tanto, describe formas históricas y socioeconómicas de producción del espacio, con un carácter diacrónico, al intentar mostrar cómo el espacio cambia y se produce en distintas etapas del desarrollo social, político y económico (Lefebvre, 2013).

Dentro de esta tríada encontramos la expresión del espacio absoluto, que es un espacio concreto, correspondiente a formas espaciales históricas originarias, ligadas a comunidades y culturas específicas (referido a sociedades premodernas sobre todo). Está cargado de sentido cultural, cualitativo y simbólico muy significativo, donde lo sagrado, lo ritual y lo social se entrelazan de manera inseparable. Ejemplos concretos de esta expresión del espacio podrían ser las ciudades en los primeros Estado nación, o los templos donde se realizan ciertas ceremonias. El espacio abstracto, por su parte, es producto del capitalismo y del Estado moderno. Lo caracteriza una construcción homogénea, cuantificable y mercantilizada, y lo rige su profundo sentido de funcionalidad orientado al control y la acumulación del capital, primando la eficiencia, la productividad y la circulación de mercancías. Completando esta tríada encontramos el espacio diferencial, que surge como una respuesta crítica al espacio abstracto, enfatizando la diversidad, la inclusión social y la resistencia local frente a las tendencias homogeneizadoras del capitalismo. Vendría a ser la propuesta emancipadora frente a la homogeneidad impuesta, buscando restituir la creatividad social, la pluralidad y el valor de uso (Lefebvre, 2013).

La segunda tríada propuesta por Lefebvre (2013) busca conceder una forma de analizar el espacio como fenómeno complejo que combine planificación, uso práctico y experiencia simbólica, sin reducirlo a un solo aspecto. Esta tríada describe modos simultáneos y complementarios de existencia del espacio y tiene carácter sincrónico, puesto que no explica una secuencia histórica, sino dimensiones coexistentes en cualquier momento.

En esta tríada Lefebvre (2013) menciona, por un lado, al “espacio percibido” (p. 97), que refiere al espacio experimentado materialmente en las prácticas cotidianas. Incluye las rutinas diarias, los movimientos físicos de un lugar a otro y las interacciones que las personas tienen con su entorno. Engloba las prácticas que revelan cómo el espacio es transitado y utilizado por los individuos en su día a día. En segundo lugar, el autor trae la idea de “espacio concebido” (p. 97), que corresponden a las conceptualizaciones y diseños del espacio elaborados por profesionales como urbanistas, arquitectos y planificadores. Este es el espacio de los mapas, planos y modelos teóricos que buscan organizar y estructurar el entorno físico según ciertas lógicas de poder y objetivos. Por último, el autor conceptualiza el “espacio vivido” (p. 98) para hacer referencia al espacio tal como es experimentado simbólicamente y emocionalmente; lleno de significados y apropiaciones culturales. Engloban las experiencias subjetivas, símbolos y significados que las personas atribuyen al espacio en su interacción diaria. Este es el espacio de la imaginación, los sueños y las emociones, donde se mezclan elementos culturales, históricos y personales.

De esta forma, al presentar estas tres dimensiones del espacio, Lefebvre (2013) logra comprender y explicar cómo el espacio es simultáneamente una realidad física, una construcción mental y una experiencia vivida. La interacción entre estas facetas, y analizarlas en términos contradictorios, es esencial para entender la complejidad de las dinámicas espaciales en la sociedad. La “tríada” (p. 97) del espacio junto con su concepción de producción social del espacio (p. 86) se vuelven claves para entender cómo diferentes grupos sociales participan, consciente o inconscientemente, en la configuración del espacio que habitan, puesto que el espacio no es otra cosa que el resultado de prácticas sociales complejas y múltiples, y no solamente del diseño o la planificación oficial.

En base a estos conceptos, me parece importante destacar que Lefebvre (2013) presenta estas dos tríadas de forma separada, porque ambas persiguen objetivos distintos. La primera es útil para pensar etapas y rupturas históricas, la segunda sirve para comprender la composición y dinámica interna del espacio en la vida social contemporánea.

Por otro lado, Harvey (1977), si bien tiene una concepción del espacio similar a la de Lefebvre (2013), desde una mirada materialista dialéctica crítica, presenta algunas distinciones conceptuales, como el hecho de no plantear al espacio como tríada en continua relación, sino que esquematizando distintos modos de concebirlo, los cuales tienen, por ende, implicaciones epistemológicas y políticas distintas. Pero en esto ahondaré más adelante.

Primeramente, me gustaría realizar una introducción sobre la concepción del espacio para Harvey (1977), en su libro “Urbanismo y desigualdad social”. Aquí el autor plantea una reflexión crítica sobre el papel del espacio en la sociedad capitalista y en los estudios urbanos. Su propósito no es meramente descriptivo, sino teórico y político: mostrar cómo el espacio constituye una categoría central para comprender la organización social, las desigualdades y los procesos urbanos.

A lo largo de su argumentación, Harvey (1977) deconstruye las concepciones tradicionales del espacio, analiza su naturaleza contradictoria y propone una lectura que lo articula con las dinámicas históricas del capitalismo. Él insiste en que el espacio no debe ser concebido como un marco neutro, un “contenedor” vacío en el que los procesos sociales se desarrollan de forma independiente, y aquí encontramos claramente su concordancia con Lefebvre (2013). Al contrario, para Harvey (1977) el espacio es una construcción social, producida y transformada a través de las prácticas económicas, políticas y culturales. Su naturaleza es, por tanto, histórica y relacional: el espacio surge de las relaciones sociales y, al mismo tiempo, actúa sobre ellas, configurando posibilidades y limitaciones para la acción colectiva.

Su concepción entonces supone un desplazamiento radical respecto a la visión cartesiana o euclidiana del espacio, que lo entendía como homogéneo, continuo y mensurable, ruptura que también plantea Lefebvre (2013). Para Harvey (1977), al igual que para Lefebvre (2013), el espacio es un “producto social” (Harvey, 1977, p. 206); un producto de las luchas sociales, de la lógica de acumulación de capital y de las estrategias de dominación y resistencia que operan en la sociedad. De ahí que su estudio no pueda disociarse del análisis de las estructuras de poder y de las formas históricas de organización económica. Con su enfoque economicista y político, se centra en demostrar cómo las estructuras urbanas reflejan y reproducen desigualdades socioeconómicas profundas en el espacio. Son las interacciones entre el ámbito económico y el social las que disponen y propician determinada organización urbana y territorial bajo el capitalismo.

Continuando esta descripción sobre los puntos de encuentro y distinciones entre ambos autores en cuanto al concepto del espacio, otra concordancia clara que podemos encontrar en estos dos libros, es que tanto Harvey (1977) como Lefebvre (2013) identifican claramente que, bajo el capitalismo, el espacio urbano se transforma en mercancía. Lefebvre (2013) pone un énfasis particular en cómo esta mercantilización altera la experiencia

cotidiana del espacio, afectando la manera en que las personas lo habitan y perciben. Pone especial acento en la cuestión de la alienación y la pérdida de significados culturales y sociales debido a la lógica mercantil del espacio urbano. Y Harvey (1977), por su parte, se centra en cómo esta mercantilización es un mecanismo clave para la reproducción del capitalismo y su perpetuación en el tiempo, analizando las dinámicas macroeconómicas del desarrollo urbano. Para este último, el papel clave se lo llevan los componentes estructurales, y son los intereses económicos predominantes los que impulsan procesos urbanos que generan segregación espacial, desigualdad social y explotación económica.

Particularmente en su exposición, Harvey (1977) distingue diversos modos de concebir el espacio, cada uno con implicancias ontológicas, epistemológicas y políticas distintas, como mencioné párrafos atrás. Dentro de estos modos menciona tres tipos: el espacio absoluto, el espacio relativo, y el espacio relacional.

El espacio absoluto es heredero de la tradición newtoniana, concebido como fijo, objetivo y medible. Es el sitio en el que se localizan objetos y eventos, como si existieran de manera independiente de las relaciones sociales. Esta concepción, aunque limitada, sigue siendo utilizada en la planificación urbana y en la representación cartográfica, según el autor (Harvey, 1977).

En segundo término, el espacio relativo está asociado a la física de Einstein y a la geografía crítica; entiende el espacio en función de las relaciones entre objetos, tiempos y procesos. Aquí, la distancia o la posición no tienen un valor fijo, sino que dependen del marco de referencia. Para el autor, en términos urbanos, el espacio relativo permite comprender fenómenos como la accesibilidad, la conectividad o los flujos de capital y trabajo (Harvey, 1977).

Por último se encuentra el espacio relacional: inspirado en la filosofía de Leibniz y desarrollado críticamente por Harvey (1977), parte de otra concepción ontológica, de la idea de que los objetos no existen independientemente del espacio, sino que son constitutivos de él. En este sentido, el espacio no es externo a los procesos sociales, sino inherente a ellos. Así, las prácticas sociales producen espacialidad y cada forma espacial es expresión de una determinada organización social. En esta obra, el autor destaca que estas tres concepciones del espacio no son excluyentes, sino que cada una puede ser útil dependiendo de los objetivos

analíticos. Pero claro está: solo la concepción relacional permite captar plenamente la dialéctica entre espacio y sociedad.

Por otro lado, Harvey (1977) desarrolla el concepto de “acumulación del capital” (p. 287), que tomada del concepto de acumulación originaria marxista, explica cómo ciertos grupos dominantes se apropian de recursos espaciales y de productos del trabajo, a la vez que despojan a comunidades de territorios, para favorecer intereses económicos específicos. En este marco se hace sumamente importante, según el autor, estudiar y analizar el espacio para comprender el fenómeno de la urbanización. El análisis urbano exige comprender cómo el espacio se produce y reproduce dentro de la lógica del capitalismo. La ciudad no puede entenderse únicamente como un conjunto físico de edificaciones e infraestructuras, sino como una configuración espacial de relaciones sociales, atravesada por contradicciones de clase, desigualdad y acumulación de capital.

Según Harvey (1977), lo crucial del estudio del espacio urbano es que tal análisis revela cómo el capital utiliza la producción del espacio como estrategia de reproducción: a través de la urbanización, de la creación de infraestructuras, de la reorganización territorial y de la segmentación socioespacial. La urbanización se convierte, entonces, en una vía de absorción de excedentes de capital, al mismo tiempo que genera nuevas desigualdades y conflictos.

En este sentido, la ciudad es al mismo tiempo objeto y medio de acumulación, y el espacio urbano actúa como escenario de luchas sociales. Analizar el espacio desde esta perspectiva implica develar las formas de control, segregación y explotación que estructuran la vida urbana, así como las posibilidades de transformación y resistencia que emergen desde los actores sociales (Harvey, 1977).

Prosiguiendo con la presentación de conceptos claves de la obra de Harvey (1977), otro que introduce, de una manera innovadora y pionera, es el de justicia social, posicionándolo como eje central de la reflexión urbana y geográfica. Frente a concepciones técnicas o neutrales de la planificación espacial, el autor argumenta que toda forma de organización territorial encierra juicios de valor y decisiones normativas acerca de lo que se entiende por justo. En este sentido, busca una definición operativa de justicia social que permita no solo interpretar, sino también transformar, las dinámicas urbanas atravesadas por desigualdades estructurales.

Por tal motivo, plantea que la justicia social no puede ser comprendida como un principio abstracto, desligado de las condiciones históricas y materiales de la sociedad capitalista, sino todo lo contrario. Desde esta lógica la define entonces como la distribución equitativa de los beneficios y cargas sociales en el espacio, en estrecha relación con la organización económica y política dominante. La justicia, para Harvey (1977), así como todos los demás significados y conceptos de la realidad, no son una noción universal ni atemporal: este concepto se encuentra atravesado por relaciones de poder y mediado por las formas concretas de producción y reproducción del espacio urbano. Así, lo que se entiende por justicia social depende de cómo se conciba el proceso distributivo y qué criterios se utilicen para asignar recursos, oportunidades y cargas. En este encuadre, el autor examina críticamente tres principios básicos que suelen fundamentar los juicios sobre justicia: la necesidad, el mérito y la contribución al bien común.

En cuanto al primer criterio de la necesidad, Harvey (1977) lo concibe como la asignación de recursos en función de las carencias o demandas de los individuos y grupos sociales. Este enfoque se asocia a perspectivas humanistas y socialistas que priorizan garantizar condiciones mínimas de vida digna para todos. El autor reconoce aquí la potencia ética de este criterio, puesto que pone en el centro la reducción de desigualdades materiales y la defensa de valores como la equidad. Sin embargo, advierte que su aplicación concreta suele chocar con las lógicas capitalistas de mercado, que tienden a privilegiar la rentabilidad por encima de las necesidades sociales. En el contexto urbano, esto se traduce en la producción de espacios que benefician a las clases más favorecidas, relegando a las mayorías a condiciones precarias de vivienda y acceso a servicios. La tensión entre la necesidad y la lógica de acumulación muestra que la justicia social no puede analizarse al margen de las estructuras económicas, según el autor.

El segundo criterio, el del mérito, es entendido por Harvey (1977) como la distribución basada en el esfuerzo, la capacidad o los logros individuales. Desde esta perspectiva, se justifica que aquellos que han trabajado en mayor medida o realizado una mayor contribución en su trabajo reciban mayores beneficios. Pero el autor es muy crítico con este enfoque porque, lejos de ser neutral, reproduce y legitima las desigualdades propias del capitalismo. El mérito no se define en un vacío, sino dentro de un sistema que asigna valor en función de criterios de productividad y competitividad determinados por el mercado. Así, lo que aparece como “justo” desde la lógica meritocrática es, en realidad, una racionalización

ideológica de la dominación social. En el plano urbano, este principio se traduce en la justificación de desigualdades espaciales bajo la idea de que los sectores acomodados se han ganado con su esfuerzo el derecho a mejores entornos.

Como último y tercer criterio, vinculado al concepto de justicia social, Harvey (1977) describe el principio de contribución al bien común, según el cual los beneficios y cargas sociales deberían distribuirse en función de cuánto aporta cada individuo o grupo a la colectividad. Este principio está vinculado históricamente a nociones republicanas y funcionalistas que buscan preservar la cohesión social. A raíz de ello, el autor advierte que esta concepción también resulta problemática, puesto que en sociedades capitalistas, lo que se entiende por bien común suele estar definido por los intereses de las clases dominantes. De este modo, las políticas urbanas que apelan al bien común muchas veces terminan favoreciendo proyectos de infraestructura o desarrollo económico que benefician a las élites, mientras desplazan o marginan a las poblaciones vulnerables. Lo que aparece como racionalidad colectiva es, en última instancia, una racionalidad de clase.

En base al desarrollo de este concepto, me gustaría destacar aquí como, claramente para Harvey (1977), la justicia social es un concepto profundamente político, cuya definición y aplicación dependen de las relaciones de poder y de la lógica de acumulación capitalista. Los criterios de necesidad, mérito y contribución al bien común, lejos de ser principios neutros, se convierten en campos de disputa ideológica y material. Para el autor, el estudio del espacio urbano debe incorporar necesariamente esta dimensión, ya que la ciudad constituye tanto el escenario como el mecanismo a través del cual se materializan las desigualdades. En este sentido, plantear la justicia social como categoría analítica y normativa es un paso indispensable para comprender las contradicciones del urbanismo capitalista y abrir la posibilidad de transformaciones emancipadoras.

Hilvanando todos estos conceptos, y en el marco de su estudio del territorio desde una lógica dialéctica, Harvey (1977) trae a colación otro importante asunto como es el tema de la redistribución del ingreso. Él examina de manera rigurosa la relación entre urbanización y redistribución del ingreso real, situando el análisis en el marco de las contradicciones del capitalismo, y así sostiene que los espacios urbanos no son meros escenarios pasivos donde se reproducen desigualdades ya existentes, sino que constituyen mecanismos activos que participan en la redistribución de recursos y oportunidades entre distintos grupos sociales. Su planteamiento enfatiza que la justicia o injusticia en el reparto del ingreso real no depende

únicamente de factores económicos generales, sino también de cómo el sistema urbano organiza la localización de actividades, la movilidad, los servicios y los efectos exteriores que acompañan la vida en la ciudad.

Harvey (1977) define la redistribución del ingreso real como el conjunto de procesos mediante los cuales los beneficios y costos sociales se distribuyen de manera desigual en el espacio urbano. El ingreso monetario, señala, no puede entenderse en abstracto, sino en su relación con el costo real de la vida urbana, que incluye variables como acceso a vivienda, al transporte, a servicios públicos, a infraestructura colectiva y a determinada calidad ambiental. De este modo, dos individuos con un ingreso monetario equivalente pueden disfrutar de niveles de bienestar muy distintos según el lugar donde habitan y trabajan. Según el autor, entender esta dinámica que se da en la redistribución del ingreso real, se vuelve clave para comprender la reproducción de desigualdades en el espacio urbano.

Profundizando en estos mecanismos urbanos que afectan la redistribución del ingreso, Harvey (1977) menciona que, en cuanto al mercado inmobiliario, la lógica de la renta del suelo, enraizada también en relaciones monopolísticas, asigna de manera desigual los espacios habitables, generando una fuerte segmentación residencial. Las clases más acomodadas acceden a zonas con mejores servicios y amenidades, mientras que las más pobres son desplazadas hacia periferias con altos costos de transporte y escaso acceso a infraestructura.

Por otro lado, la inversión en servicios públicos urbanos, como ser transporte, educación, salud, espacios verdes, no se distribuye de manera homogénea, sino que tiende a favorecer áreas de mayor rentabilidad económica o prestigio social. Esto introduce una redistribución indirecta, pues los impuestos y cargas colectivas no retornan en beneficios proporcionales para los sectores más desfavorecidos. La localización de los empleos en relación a las viviendas, dice Harvey (1977), condiciona los costos de traslado, que recaen con mayor peso sobre los trabajadores que habitan en zonas periféricas. Los lugares de trabajo se concentran en áreas centrales o selectas, y quienes residen en la periferia deben invertir tiempo y recursos adicionales para acceder a ellos. Esto no solo reduce su ingreso disponible, sino que también limita sus oportunidades de participación social y cultural. Por el contrario, los grupos de mayores ingresos, al poder ubicarse en zonas centrales o con buenas conexiones, maximizan su acceso al mercado laboral y a los servicios urbanos, consolidando su posición privilegiada. La organización espacial del trabajo y la vivienda, por lo tanto,

refuerza los patrones de desigualdad social y convierte al espacio urbano en un instrumento activo de redistribución regresiva, concluye el autor.

Entorno a esta cuestión de la desigualdad generada por las dinámicas del espacio urbano, Harvey (1977) otorga también un lugar destacado a los “efectos exteriores” (p. 54) como factores claves que, aunque sea de manera invisible, contribuyen a esta disparidad en la distribución del ingreso real. Contaminación, congestión, ruido, inseguridad o degradación ambiental, son costos que recaen de manera desigual sobre distintos grupos sociales. En general, las clases trabajadoras y los sectores marginalizados se ven más expuestos a estos efectos negativos, mientras que los grupos con mayores recursos pueden evitarlos a través de la segregación residencial, la movilidad privada o la privatización de espacios de consumo y ocio. Al mismo tiempo, los efectos positivos, como ser la proximidad a infraestructura de calidad, paisajes agradables o seguridad urbana, tienden a concentrarse en áreas de altos ingresos, reforzando la redistribución desigual de beneficios colectivos. Harvey (1977) muestra así, como las externalidades se convierten en mecanismos invisibles pero determinantes en la consolidación de la desigualdad urbana.

Finalizando este apartado, me gustaría recalcar que lo que esboqué aquí fueron simplemente algunos de los conceptos centrales de ambas obras (Lefebvre, 2013 y Harvey, 1977), dado que abarcar absolutamente todas las ideas que en ellas se plantean agotaría la extensión de esta monografía y necesitaría de un trabajo más amplio y minucioso. Mi pretensión aquí era simplemente poder demostrar cómo Lefebvre (2013) y Harvey (1977) ofrecen, con estos conceptos claves, un bagaje de herramientas para comprender la complejidad del desarrollo espacial, y lograr entender así la producción y reproducción de desigualdades en las ciudades, en el marco de un territorio que es simultáneamente producto y productor de las relaciones de poder, en el seno de la sociedad capitalista.

2.4- Relación entre Territorio, Urbanización y Desigualdad

Poniendo en interacción los planteamientos y conceptos claves de ambos autores, pretendo mostrar aquí la relación que establecen tanto Lefebvre (2013) como Harvey (1977) entre el territorio, el fenómeno de la urbanización y la emergencia de la desigualdad, desde esta visión marxista de totalidad.

Por su parte, Lefebvre (2013) plantea que el territorio y el urbanismo son reflejos directos de las relaciones sociales existentes, siendo simultáneamente productores de desigualdad social y productos de la misma. La urbanización, según este autor, genera espacios homogéneos, orientados por criterios económicos que provocan exclusión social, segregación residencial y marginación urbana. Estas desigualdades espaciales emergen por las contradicciones propias del capitalismo, que mercantiliza el espacio y deshumaniza las relaciones sociales. El autor enfatiza que la homogeneización espacial inherente al urbanismo capitalista no sólo ignora las particularidades culturales y comunitarias, sino que las destruye sistemáticamente.

Para ilustrar sus planteamientos, Lefebvre (2013) recurre al análisis del desarrollo urbano en París durante la modernización del siglo XX, destacando cómo la reorganización espacial impulsada por la planificación urbana capitalista eliminó espacios comunitarios tradicionales, desplazando a sectores populares y generando una ciudad fragmentada y alienante. La crítica del autor apunta directamente al urbanismo funcionalista que privilegia el valor económico del espacio urbano por sobre su valor social y comunitario (valor de cambio vs valor de uso, en términos marxistas).

Harvey (1977), en cambio, pone especial foco en demostrar que la urbanización y la desigualdad están estrechamente vinculadas a los procesos de acumulación capitalista. Según él, el desarrollo urbano es inherentemente desigual debido a la lógica del capitalismo que impulsa inversiones selectivas basadas en maximizar sus ganancias. Esto produce inequidades espaciales significativas, que se manifiestan claramente en patrones diferenciados de acceso a recursos, servicios básicos y oportunidades económicas. Este autor considera la desigualdad territorial no solo como un efecto secundario del capitalismo, sino como una condición intrínseca necesaria para su funcionamiento y expansión.

A modo de ejemplos concretos, Harvey (1977) describe lo que acontece en ciudades como Baltimore, Londres y Nueva York, para ilustrar cómo las inversiones capitalistas producen desigualdades urbanas profundas. Él analiza, por ejemplo, los procesos de gentrificación en áreas urbanas centrales, señalando cómo la reinversión capitalista expulsa sistemáticamente a las poblaciones de menores recursos hacia las periferias urbanas. También examina detalladamente cómo los grandes proyectos urbanos, motivados por intereses económicos, agravan la desigualdad social y espacial al favorecer el desarrollo selectivo de ciertas áreas en detrimento de otras.

En suma, ambos enfoques son profundamente complementarios. Lefebvre (2013) aporta un análisis más vivencial, filosófico y cultural, resaltando cómo la experiencia cotidiana y comunitaria es profundamente afectada por la urbanización capitalista. Su análisis permite entender la dimensión subjetiva de la desigualdad territorial y cómo ésta se manifiesta en la vida diaria de las comunidades. Harvey (1977), en cambio, proporciona una comprensión más estructural y económica, revelando cómo las dinámicas macroeconómicas del capitalismo producen y reproducen inequidades urbanas profundas y sistemáticas. Su enfoque explica claramente los mecanismos económicos subyacentes que impulsan estos procesos urbanos desiguales, proporcionando herramientas analíticas robustas para entender los patrones espaciales contemporáneos de desigualdad.

Actualmente, desde mi punto de vista, estos dos autores, y sobre todo estas dos obras, son un germen esencial para los estudios urbanos contemporáneos, para pensar la intervención social y la planificación urbana de hoy, orientada hacia la reducción de desigualdades espaciales. La complementariedad de estos dos enfoques permite comprender mejor las causas complejas de las desigualdades territoriales actuales, ofrece una perspectiva integral que considera tanto los factores estructurales como las experiencias culturales y comunitarias concretas, y al hacerlo, favorece la toma de conciencia por parte de los sujetos (de sí mismos y de las contradicciones del entorno) que, si logran romper con su estado letárgico y alienante en su transitar por el territorio, podrán intentar apropiarse de los espacios que habitan (Lefebvre, 2013).

Capítulo 3: Conclusiones

A modo de síntesis, tanto Lefebvre como Harvey, a lo largo de toda su obra, han contribuido significativamente a la comprensión crítica de las dinámicas urbanas contemporáneas, y sus trabajos siguen vigentes al día de hoy. Específicamente las dos obras que analicé en esta monografía, “La producción del espacio” (Lefebvre, 2013) y “Urbanismo y desigualdad social” (Harvey, 1977), comparten importantes similitudes debido a su fundamentación en el marxismo crítico, tomando a la realidad como totalidad compleja e identificando al espacio como producto social, influenciado por las relaciones de poder capitalistas.

Ambos autores coinciden en que la urbanización capitalista genera profundas desigualdades espaciales, económicas y sociales. Sin embargo, presentan algunas distinciones significativas en el enfoque y énfasis analítico. Lefebvre (2013), por su parte, enfatiza la dimensión cultural, simbólica y vivencial del espacio, destacando cómo las prácticas cotidianas reflejan y desafían las estructuras capitalistas. Harvey (1977), en cambio, privilegia un análisis estructural desde la economía política, explicando cómo la lógica de acumulación de capital dirige las dinámicas espaciales urbanas. Este último punto no es que Lefebvre (2013) no lo comparta, sino que lo da por sentado para así seguir avanzando en otros aspectos del análisis que no habían sido profundizados hasta la época, aportando novedad al tema del territorio desde una mirada más integral, filosófica y cultural.

Lefebvre (2013) destaca que el espacio es un “producto social” (p. 86). Cada sociedad produce su propio espacio, reflejando sus modos de producción, relaciones de poder y estructuras sociales. En el contexto del capitalismo, el espacio se convierte en una “mercancía” (p. 86), complejizando así, las formas de habitar el territorio. El espacio es una cosa a la cual acceder a través de capital o intercambio de bienes, no es algo igualmente común ni propio para todos los seres humanos. Así la mayoría de los sujetos, sobre todo las masas trabajadoras, transitan por él en forma de préstamo, para cumplir actividades que sean funcionales al engranaje del sistema capitalista, y que permitan su producción y reproducción: de casa al trabajo y del trabajo a casa, por lugares que ni siquiera se sienten como propios o inspiran afecto alguno, porque fueron diseñados por otros y orientados a los objetivos del sistema. Ni hablar del esparcimiento, que solo si sobra tiempo, se llevará a cabo en lugares cercanos y estipulados a los que económicamente los sujetos puedan acceder.

Ante tal realidad, es que Lefebvre (2013, p. 97) introduce conceptos fundamentales como el “espacio vivido”, “percibido” y “concebido”, con la compleja relación dialéctica entre ellos, destacando la importancia de la participación comunitaria en la producción espacial. Esa participación que será, y es entendida así al día de hoy también, como una de las grandes herramientas para vencer la alienación, hacer del espacio una producción propia y lograr progresivamente la transformación de la sociedad.

Por su parte, Harvey (1977) muestra que la redistribución del ingreso real en la ciudad es inseparable de la lógica de acumulación capitalista. Los mercados de suelo, la localización de trabajos y viviendas, la distribución de servicios públicos y los efectos exteriores configuran un entramado de procesos que transfieren beneficios y cargas entre grupos sociales

de manera sistemáticamente desigual. El espacio urbano, lejos de ser neutral, funciona como un instrumento de redistribución regresiva del ingreso real, en tanto amplifica las ventajas de quienes ya se encuentran en posiciones de privilegio y profundiza las desventajas de los sectores subalternos. El autor presenta el fenómeno de la urbanización como objeto en sí mismo, pero que a la vez se convierte en una vía de absorción de excedentes de capital, generando con ello todo tipo de nuevas desigualdades y conflictos.

Harvey (1977) también enriquece el análisis urbano marxista con la actualización del concepto de acumulación de capital, vinculado al concepto de acumulación originaria de Marx, y revelando claramente los mecanismos económicos subyacentes que generan desigualdad y exclusión urbana. Por otro lado, pone en juego el tema de la justicia social como un concepto profundamente político, cuya definición y aplicación dependen de las relaciones de poder y de la lógica de acumulación capitalista. Los criterios de necesidad, mérito y contribución al bien común, lejos de ser principios neutros, se convierten en campos de disputa ideológica y material. Para el autor, el estudio del espacio urbano debe incorporar necesariamente esta dimensión, ya que la ciudad constituye tanto el escenario como el mecanismo a través del cual se materializan las desigualdades. En este sentido, plantear la justicia social como categoría analítica y normativa es un paso indispensable, según el Harvey (1977), para comprender las contradicciones del urbanismo capitalista y abrir la posibilidad de transformaciones emancipadoras.

Finalmente, puedo concluir que la combinación de ambos enfoques ofrece herramientas críticas sólidas para profesiones como la sociología urbana, la planificación territorial, pero también para la intervención e investigación desde el Trabajo Social, dada la claridad, profundidad y pertinencia contextual de las ideas y conceptos planteados. Lefebvre (2013) brinda herramientas conceptuales para entender cómo las comunidades experimentan subjetivamente la desigualdad espacial y cómo pueden resistir y transformar esos espacios, mientras que Harvey (1977) aporta claridad estructural para identificar cómo las decisiones económicas y políticas perpetúan la desigualdad, proporcionando bases analíticas para intervenciones concretas dirigidas a reducir inequidades urbanas.

Considero que para el o la Trabajadora Social, contar con estos conceptos teóricos y análisis de la praxis concreta, se hace más que necesario, en pos de trabajar por la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, donde todos los sujetos vivan en igualdad de derechos, derechos que no queden solo planteados en el plano de lo universal, de

la idea, de la ley, sino que puedan realizarse y garantizarse en lo concreto de la vida cotidiana. Esta mirada crítica de la ciudad y del espacio, así como de la realidad toda, es lo que aporta a cualquier profesional, pero sobre todo al Trabajador Social, la posibilidad de trascender lo aparente y llegar a la esencia, a lo concreto de los fenómenos, para poder promover transformaciones reales, de la mano de sujetos conscientes y empoderados.

En este marco, me surgen algunas sugerencias de posibles futuras investigaciones que se podrían realizar desde el Trabajo Social, o por qué no desde otras disciplinas sociales. Algunas propuestas podrían ser investigar cómo las prácticas comunitarias planteadas por Lefebvre (2013) pueden desafiar las dinámicas estructurales descritas por Harvey (1977), combinando análisis económicos, culturales y experienciales del espacio urbano. Otros estudios podrían en cambio, enfocarse en explorar cómo las políticas públicas y urbanas contemporáneas pueden integrar principios marxistas críticos, para fomentar una urbanización más justa, inclusiva y democrática, respondiendo a las demandas sociales de participación efectiva y redistribución espacial equitativa que plantearon tanto Lefebvre (2013) como Harvey (1977) a lo largo de su trabajo.

Referencias Bibliográficas

- Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo Veintiuno.
[https://proletarios.org/books/Anderson-Consideraciones Sobre El Marxismo Occidental.pdf](https://proletarios.org/books/Anderson-Consideraciones_Sobre_El_Marxismo_Occidental.pdf)
- Barroco, M. L. S. (2008, agosto 18). *O significado sócio-histórico dos Direitos Humanos e o Serviço Social*. [Ponencia en congreso]. Conferencia Mundial de Servicio Social, N° 19, Salvador de Bahía.
<https://cressrn.org.br/files/arquivos/i54b5t1mn0l9Y1EY7fZv.pdf>.
- Barroco, M. L. S. (2009). *Ética. Fundamentos socio-históricos*. Cortez.
- Benach, N. y Albet, A. (Eds.) (2019). *David Harvey: La lógica geográfica del capitalismo*. Icaria. <https://www.ige.unicamp.br/wp-content/uploads/sites/59/2022/05/Nuria-Benach-y-Abel-Albet-eds.-David-Harvey-La-logica-geografica-del-capitalismo.pdf>
- Duayer, M y Medeiros, J. L. (2009). La ontología crítica de Lukács: para una ética objetivamente fundada. *Revista Herramienta*. <https://herramienta.com.ar/la-ontologia-critica-de-lukacs-para-una-etica-objetivamente-fundada>
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la Cárcel*. Era; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo Veintiuno.
<https://vertov14.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/01/harvey-david-urbanismo-y-desigualdad-social1.pdf>

Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: del derecho a la ciudad a la revolución urbana*. Akal.

<https://derechoalaciudadflacso.wordpress.com/wp-content/uploads/2014/01/david-harvey-ciudades-rebeldes-del-derecho-de-la-ciudad-a-la-revolucion3b3n-urbana.pdf>

Korsch, K. (1971). *Marxismo y filosofía*. Era. <https://bataillesocialiste.wordpress.com/wp-content/uploads/2008/11/korsch-marxismo-y-filosofia.pdf>

Kuhn, T. S. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura

Económica. https://perio.unlp.edu.ar/catedras/tpm/wp-content/uploads/sites/210/2023/03/La-estructura-de-las-revoluciones-cientificas-TK_compressed.pdf

Lefebvre, H. (1961). *El marxismo*. EUDEBA. https://proletarios.org/books/Lefebvre-El_marxismo.pdf

Lefebvre, H. (1976). *Tiempos equívocos*. Kairós

Lefebvre, H. (1978). *El Derecho a la ciudad*. Ediciones Península.

<https://www.comunicacionyurbanidad.org/wp-content/uploads/2018/03/Lefebvre-El-derecho-a-la-ciudad3.pdf>

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Capitán Swing

Lefebvre, H. (2021). *La Proclamación de la Comuna: 26 de marzo de 1871*. Katakarak.

https://katakarak.net/sites/default/files/la_proclamacion_de_la_comuna_web.pdf

Lukács, G. (1970). *Historia y conciencia de clase*. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto

del Libro. <https://www.marxists.org/espanol/lukacs/1923/hcc.pdf>

Marx, C. (1990). *El Capital: crítica de la economía política. Tomo 1*. Progreso.
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/capital/karl-marx-el-capital-tomo-i-editorial-progreso.pdf>

Marx, C. y Engels, F. (1974). *La Ideología alemana*. Pueblos Unidos; Grijalbo.
https://proletarios.org/books/Marx-Ideologia_alemana.pdf

Marx, C. y Engels, F. (2000). *Manifiesto comunista*. elaleph.com.
<https://sociologia1unpsjb.wordpress.com/wp-content/uploads/2008/03/marx-manifiesto-comunista.pdf>.

Merrifield, A. (2006). *Henri Lefebvre: A critical introduction*. Routledge; Grupo Taylor & Francis. Routledge Taylor & Francis Group.
<https://selforganizedseminar.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/07/merrifield-lefebvre-intro.pdf>

Netto, J. P. (1981). *Capitalismo e reificação*. Livraria Editora Ciencias Humanas

Vivero Arriagada, L. A. (comp.). (2023). *Gramsci y la filosofía de la praxis: aportes para un proyecto ético político del Trabajo Social*. Universidad Católica de Temuco; CLACSO.
<https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/248251/1/Gramsci-filosofia-praxis.pdf>.